

*El río
que nace
en junio*

DE

Claudio de la Torre

COLECCION TEATRO N.º 132

EL RIO QUE
NACE EN JUNIO

EL RÍO QUE NACE EN JUNIO

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, 1950.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPILOGO,
ORIGINAL DE

CLAUDIO DE LA TORRE

EDICIONES
ALFIL

COLECCIÓN
TEATRO

DIRECTOR
MANUEL BENÍTEZ SANCHEZ-CORTES

132

COPYRIGHT, 1955, by CLAUDIO DE LA TORRE
Reservados todos los derechos. — Droits de représentation,
traduction et reproduction réservés. — Por lo que se refiere
a esta edición, es propiedad de EDICIONES ALFIL. — Los
representantes de la Sociedad General de Autores de Es-
paña son los únicos encargados de autorizar la represen-
tación o adaptación de esta obra

Comedia estrenada en España por la Compañía de Alejandro Ulloa, en el TEATRO DEL GRAN CAPITÁN, de Granada, el 5 de junio de 1951, con arreglo al siguiente

REPARTO

(Por orden de aparición.)

<i>Doña Elisa</i>	PILAR OLIVAR.
<i>Gerardo</i>	ALEJANDRO ULLOA.
<i>Consuelo</i>	MARÍA TERESA MÉNDEZ.
<i>Pilar</i>	CHARITO TORRE.
<i>Don Horacio</i>	RAFAEL CALVO.
<i>Miranda</i>	ENRIQUE VIVÓ.
<i>Ana María</i>	ANA MARÍA MÉNDEZ.
<i>Aienza</i>	FÉLIX J. MONTOYA.
<i>Myriam</i>	MARÍA TERESA CREMADES.
<i>El camarero</i>	JOSÉ BRESSO.
<i>La muchacha del tiro al blanco.</i>	M. GALLARDO.
<i>La señora</i>	ENRIQUETA BARRY.
<i>El marido</i>	MANUEL CALZADA.
<i>Brenstein</i>	LUIS CALDERÓN.
<i>El criado</i>	JOSÉ BRESSO.

Decorados de BATLLE

Dirección: ALEJANDRO ULLOA

ACTO PRIMERO

(Sala de recibo de una pensión venida a menos, en las afueras de una gran ciudad. Puertas al foro, a derecha y a izquierda. En primer término de la derecha, una ventana abierta sobre un cielo estrellado. Por el foro entran GERARDO y DOÑA ELISA. El primero trae en la mano un maletín, y un abrigo al brazo. Se quita el sombrero al entrar. Media luz.)

DOÑA ELISA.—No sé hasta qué punto es esto lo que usted busca. Le repito que nuestra pensión es muy modesta.

GERARDO.—¿Por qué cree usted que es muy modesta para mí?

DOÑA ELISA.—Porque usted es distinto a mis otros huéspedes. Usted es... usted es un señor.

GERARDO.—Y los demás, ¿qué son?

DOÑA ELISA.—Unos desgraciados. Sería inútil que dijera otra cosa. No hay más que verlos.

GERARDO.—No comprendo. Yo puedo ser también muy desgraciado.

DOÑA ELISA.—Sí, señor; pero de otra manera. Quiero decir, sin que se le note.

GERARDO.—¡Ah!

DOÑA ELISA.—Los que viven en casa se quejan todo el día, desde que entran por esa puerta. No sé qué

les pasa. Tienen sus asuntos por ahí, por esos sitios donde se trabaja, y no hacen más que lamentarse a todas horas de las dificultades de la vida.

GERARDO.—Entonces, ¿cree usted que yo la tengo resuelta?

DOÑA ELISA.—Eso parece.

GERARDO.—¿Por qué?

DOÑA ELISA.—Por su aspecto.

GERARDO.—Ya. (*Deja en una silla el abrigo, el sombrero y el maletín. Luego pasea en silencio por la habitación, observándola.*) Dígame, por curiosidad, ¿no la han engañado a usted nunca?

DOÑA ELISA.—¿Quién?

GERARDO.—La gente.

DOÑA ELISA.—Según. Si llama usted engañar a no pagarme, sí señor. Pero no crea que me engañaban. Yo sabía muy bien que no tenían dinero. (*Señalando la primera puerta de la izquierda.*) Hubo una señora, hace poco, que ocupaba esa habitación: una señora muy joven y muy guapa. La pobre no debía de tener dinero, ni esperanzas de ganarlo. Pero tenía un hermoso abrigo de piel que no se quitaba nunca de encima. ¡No vaya usted a creer! Era muy seria. Se pasaba las horas ahí, en la ventana, mirando el río. Jamás me habló de pagar el hospedaje. ¡Y sabe usted lo que hizo un día, sin duda para deslumbrarme, para que no le presentara la cuenta? Pues se quitó el abrigo y apareció con un traje todo blanco, precioso; yo diría que de mucho precio.

GERARDO.—Sí, un traje imperio.

DOÑA ELISA.—No puedo decirle.

GERARDO.—Pero se lo digo yo: un traje estilo imperio, eso es.

DOÑA ELISA.—Perdóneme usted. Como no entiendo de estilos.

GERARDO.—(*Impacientándose.*) Pues no es nada complicado: un traje largo, con la cintura muy alta y las mangas así...

DOÑA ELISA.—(*Sorprendida.*) Eso es. Pero... ¿cómo sabe usted...?

GERARDO.—Sé mucho de estilos.

DOÑA ELISA.—Quiero decir... ¿Cómo sabe el traje que llevaba esa señora?

GERARDO.—Porque la conozco.

DOÑA ELISA.—¿Es posible? ¡Qué sorpresa! De aquí se marchó hace unos días sin despedirse siquiera. Yo pensé que no le gustaba la casa.

GERARDO.—No hizo más que hablarme de ella.

DOÑA ELISA.—¿Cuándo la ha visto usted.

GERARDO.—El mismo día que salió de aquí. Me habló, sobre todo, de esa ventana. Me aseguró que tenía unas vistas magníficas. A ver... (*Mira por la ventana.*) ¡Hum, me parece que ha exagerado!

DOÑA ELISA.—Como ya es de noche, no se ve muy bien.

GERARDO.—Lo suficiente para adivinar que ahí abajo hay un río turbio, sin orillas, con unas casas miserables, en las que se filtra la humedad.

DOÑA ELISA.—Estamos en un barrio pobre, pero de día parece otra cosa. Bajan las lanchas hacia el puerto.

(Hay una pausa en la que GERARDO mira por la ventana.)

GERARDO.—(Dejando de mirar.) ¿Qué hora es?

DOÑA ELISA.—Acaban de dar las nueve. Pronto empezarán a llegar mis huéspedes.

GERARDO.—¡Pues no sé qué hacer!

DOÑA ELISA.—¿Quiere que le prepare una habitación? Está libre la que ocupó esa señora. Tiene otra puerta al pasillo y es más independiente. Puede usted entrar y salir sin que le vean.

GERARDO.—¿Por qué tiene tanto interés en que no me vean?

DOÑA ELISA.—¿Qué ocurrencia! Lo decía por su comodidad.

GERARDO.—¿Le gustaría entonces que me quedase?

DOÑA ELISA.—Sí, señor. Y le diré francamente por qué me gustaría: para que me pagase la cuenta de esa señora.

GERARDO.—Está bien: se la pagaré, aunque me vaya.

DOÑA ELISA.—¿Pero va usted a irse a estas horas?

GERARDO.—No lo sé aún. Me asomaré un rato a la ventana y lo pensaré.

DOÑA ELISA.—Espere por lo menos hasta mañana. Seguro que la señora vendrá esta noche, si sabe que está usted aquí.

GERARDO.—¿Quiere verla otra vez?

DOÑA ELISA.—Yo no; pero usted sí.

GERARDO.—¿Cómo lo ha adivinado?

DOÑA ELISA.—Ella también miraba mucho por la ventana, como esperando a alguien.

GERARDO.—(Pensativo). Sí, habíamos proyectado un

viaje. Era nuestra gran ilusión. Pero pasaron los días, y los días, y no nos encontramos. (*Tras una pausa*). Sí, me quedo.

(*DOÑA ELISA recoge el abrigo, el sombrero y el maletín.*)

DOÑA ELISA.—Le avisaré cuando esté la habitación preparada.

(*Sale por la primera puerta de la izquierda. GERARDO se sienta junto a la ventana, mirando al exterior. Entran por el foro CONSUELO y PILAR, dos muchachas jóvenes, con aire de empleadas.*)

CONSUELO.—(*Entrando.*) Se lo ha debido tragar la tierra. No se le ve por ninguna parte.

PILAR.—Si supieras que pienso mucho en él.

CONSUELO.—Tú no tienes por qué pensar en él, sino en mí. Estoy muy enamorada.

PILAR.—No lo creo.

CONSUELO.—¿Por qué no?

PILAR.—Pórqúe lo dices así, demasiado claro. Cuando una está enamorada de veras, todo lo más que hace es suspirar.

CONSUELO.—Eso era antes, en otra época. Ahora se pueden decir las cosas y sentir las.

PILAR.—Bueno, pues estás enamorada. Pero lo olvidarás muy pronto.

CONSUELO.—No se olvida tan rápidamente a un hombre que te abandona sin más ni más, sin darte una explicación.

PILAR.—Puede que no, pero se le olvida también.

CONSUELO.—Me parece muy raro lo que ha hecho:
¡desaparecer así! ¿Qué le habrá pasado?

PILAR.—No sé qué decirte. Todas esas personas que
G desaparecen de pronto dan mucho que pensar.
¡Mira que si hubiera cometido un crimen!

(GERARDO se pone bruscamente de pie. Las dos
amigas lo descubren, sorprendidas.)

CONSUELO.—(Encendiendo toda la luz de la escena.)
¡Ah! Perdone usted. No le habíamos visto. Ha-
bía tan poca luz en la habitación...

GERARDO.—Buenas noches.

PILAR.—Buenas noches. ¿Espera usted a alguien?

GERARDO.—No, a nadie. ¿Y ustedes?

PILAR.—Tampoco. Vivimos en la casa.

GERARDO.—Yo también.

CONSUELO.—¡Ah! ¿Es usted el huésped nuevo?

GERARDO.—Seguramente.

DON HORACIO.—(Entrando por la primera puerta de
la izquierda.) Buenas noches. Perdone usted que
me presente así, saliendo de su cuarto. Daba yo
mi paseo de costumbre por el pasillo, porque, fran-
camente, hay que hacer un poco de ejercicio
cuando se está todo el día sentado, y me pareció
ver a doña Elisa que hacía la cama de esa habita-
ción. Pudo más en mí la curiosidad y penetré en
su cuarto.

GERARDO.—Es usted muy dueño.

DON HORACIO.—Gracias. No era suyo todavía. Quie-
ro decir que aún no sabía quién lo ocupaba. Doña
Elisa me informó someramente. (Presentándose.)
Mi nombre es Horacio. Aquí, en la pensión, don

HORACIO. En la calle, por desgracia, bastante menos.

GERARDO.—Yo me llamo...

DON HORACIO.—(*Interrumpiéndole.*) Yá, ya lo sé.

• Doña Elisa me ha puesto al corriente: huésped indciso,* distinguido... Hará usted bien en quedarse en la pensión. Siempre es conveniente saber cómo viven las clases modestas.

(DOÑA ELISA entra por la primera puerta de la izquierda.)

DOÑA ELISA.—(*A Gerardo.*) Cuando usted guste puede pasar.

GERARDO.—Con el permiso de ustedes.

(GERARDO sale por la izquierda.)

PILAR.—¿Conque este es el huésped misterioso?

DOÑA ELISA.—No creo que tenga nada de misterioso.

PILAR.—¡Tanto hablarnos de que iba a venir un huésped nuevo, de que teníamos que ser muy atentas con él como si se tratara de un personaje...!

DOÑA ELISA.—Este no es el huésped nuevo. Este es el último, pero no es el nuevo.

CONSUELO.—¿Ah, no?

DON HORACIO.—El nuevo sigue en su cuarto. Todavía no se ha dejado ver.

CONSUELO.—¡Pues sí que se ha animado la pensión!

DON HORACIO.—Mucho. Y buena falta le hacía. Esto era una tumba.

PILAR.—Gracias.

DON HORACIO.—La tumba era yo.

DOÑA ELISA.—Cuando ustedes quieran, la comida está servida.

CONSUELO.—Perdonen un momento. Nos detuvimos aquí hablando, al entrar. En seguida voy.

PILAR.—Te acompaño.

(CONSUELO y PILAR salen por la segunda puerta de la derecha.)

DON HORACIO.—¿Conque qué me dice usted, doña Elisa, de este movimiento inusitado de la pensión?

DOÑA ELISA.—*(Cauta.)* Parece que se ha puesto de moda.

DON HORACIO.—No me extrañaría. He oído decir que a la gente elegante no le gustan los sitios elegantes, y prefieren meterse en cualquier tugurio.

DOÑA ELISA.—Sin menospreciar, Don Horacio, sin menospreciar...

DON HORACIO.—No menosprecie nada, mi querida amiga. Esto no es un tugurio, pero lo será muy pronto.

DOÑA ELISA.—¿Cree usted?

DON HORACIO.—Desde que la gente elegante le dé por venir a pasarse aquí unos días, como a la señora del abrigo o a ese joven que acaba de llegar, verá usted que pronto nos convertimos los demás en unos mendigos. No hay como el contraste para que resalte la miseria. Hasta ayer era yo en esta casa, no diré que un hombre bien vestido, porque eso sería fantasear, pero sí un hombre vestido con decoro. Desde que llegó anoche el huésped nuevo, como usted dice, ese que se pasa las horas metido en su habitación, sin hablar con nadie y vestido correctamente de negro, he comprobado que yo, a

su lado, visto como un pordiosero. ¡Un traje negro y ni una mancha! Me fijé muy bien, aunque sólo lo vi un momento.

DOÑA ELISA.—¿No habrá usted entrado esta mañana en su cuarto a curiosear?

DON HORACIO.—Un instante nada más, mientras estaba en el baño. Pero pude comprobar el hecho: ni una mancha. A eso llamo yo el contraste.

(Sale DON HORACIO por el foro. DOÑA ELISA llama en la primera puerta de la derecha, con unos golpes suaves. La puerta se abre y aparece MIRANDA, el huésped nuevo; vestido de negro, con sombrero y abrigo al brazo.)

MIRANDA.—Me voy. No hace falta que siga escondido aquí más tiempo.

DOÑA ELISA.—¿Ha oído usted algo?

MIRANDA.—Lo suficiente.

DOÑA ELISA.—Perdone la curiosidad, pero ¿cómo sabía usted que iba a venir?

MIRANDA.—No lo sabía: lo sospechaba nada más. Pero necesitaba estar seguro para no dar un paso en falso.

(Salen los dos por el foro. Una pausa. Por la segunda de la derecha entran de nuevo CONSUELO y PILAR, camino del comedor. En el momento de ir también a salir por el foro, GERARDO, que aparece en la puerta de su cuarto, las detiene.)

GERARDO.—Por favor. *(Las dos muchachas se detienen.)* Quisiera hacerles una pregunta, si me lo permiten.

PILAR.—Diga.

GERARDO.—¿De qué hablaban ustedes al entrar, hace un momento.

PILAR.—¿Al entrar?

GERARDO.—Sí, cuando llegaron de la calle. Venían hablando de no sé qué...

PILAR.—(Con humor, a Consuelo.) ¿Tú te acuerdas?

CONSUELO.—Yo sí: de José.

PILAR.—¡Ah!

GERARDO.—¿Quién es José?

PILAR.—¡Vamos, que es usted curioso!

GERARDO.—Mucho.

PILAR.—¡Pues se le nota, no vaya usted a creer! José es el novio de ésta.

GERARDO.—¡Ah, ya! Gracias.

PILAR.—De nada. ¿Alguna cosa más?

GERARDO.—Me gustaría saber qué es lo que le ha pasado a José.

CONSUELO.—Y a mí también.

GERARDO.—¿Creen ustedes, realmente, en la posibilidad de un crimen?

CONSUELO.—¡Qué barbaridad. ¿Quién ha dicho eso?

GERARDO.—(Señalando a Pilar.) Esta señorita.

CONSUELO.—¿Tú? ¿Lo has dicho tú?

GERARDO.—Lo oí muy bien.

PILAR.—¡En broma, claro! Eso se dice siempre, por decir...

GERARDO.—¿Cree usted que siempre que desaparece una persona se dice que ha cometido un crimen?

PILAR.—¡Bueno, no hay que exagerar...!

GERARDO.—Porque lo que yo he oído decir alguna vez, no siempre, cuando una persona desaparece, es

que quizás pudiera ser la víctima de un crimen, que no es lo mismo.

PILAR.—No, desde luego. Pero eso es lo que yo quería decir también.

GERARDO.—Ya entiendo.

PILAR.—Menos mal.

GERARDO.—Buenas noches.

(CONSUELO y PILAR salen un tanto sorprendidas por el foro. GERARDO se acerca a la ventana. Por el foro vuelve a entrar DOÑA ELISA.)

DOÑA ELISA.—La cena está servida.

GERARDO.—He cenado ya, gracias.

DOÑA ELISA.—Pues si gusta hacerlo otra vez...

GERARDO.—No, gracias. Por favor, hay demasiada luz aquí.

(DOÑA ELISA apaga algunas luces y la escena queda como en el comienzo del acto. GERARDO vuelve a mirar por la ventana. Empieza a oírse, en el interior, una música lejana y apasionada. En la puerta del cuarto de GERARDO, que es la parte más en sombra de la escena, aparece ANA MARÍA. Viste el traje blanco estilo Imperio de que se ha hablado, y se cubre con un soberbio abrigo de piel. Permanece inmóvil en la puerta, mirando a GERARDO. Este se vuelve y la descubre, sin hacer movimiento alguno de sorpresa, como si esperase su aparición. Cesa la música. Los dos se hablan a distancia al empezar el diálogo.)

GERARDO.—Estaba seguro de encontrarte. Por eso he venido. Sabía que volverías aquí. Ahora no hay tiempo que perder.

(ANA MARÍA se acerca y se quita el abrigo.)

ANA MARÍA.—Eso es lo que yo esperaba. No me había equivocado.

GERARDO.—(*Desconcertado.*) ¿Eh? ¿Qué dice usted? (*Enciende rápidamente la escena y mira, perplejo, a Ana María.*) ¿Quién es usted? ¿Qué significa esta burla?

ANA MARÍA.—Perdóneme. Comprendo que he hecho mal. No he debido prestarme a este juego. Pero tenía tanto interés en ver la impresión que le causaba!

GERARDO.—¿Un juego?

ANA MARÍA.—Verá. ¿No me recuerda usted?

GERARDO.—No.

ANA MARÍA.—¿Ni siquiera de haberse cruzado alguna vez conmigo, en una escalera, por ejemplo?

GERARDO.—No, no sé...

ANA MARÍA.—Haga memoria. Ahora es usted un hombre famoso, pero hace aún pocos años no era usted más que un aprendiz de pintor.

GERARDO.—No he sido nunca aprendiz. Desde que empecé a pintar era un pintor.

ANA MARÍA.—Bueno, eso lo dice usted ahora que ha triunfado, porque se siente orgulloso de su obra. La gente llama a esto vanidad, porque ya sabe usted que la gente llama a las cosas por su nombre, pero yo prefiero pensar que es usted un hombre seguro de sí mismo.

GERARDO.—No lo dude.

ANA MARÍA.—No quisiera. Pero hubo un tiempo en que estaba usted convencido de que pintaba muy mal... ¡No, no lo niegue! Puedo asegurarle que

no había entonces un pintor como usted. Ahora, en cambio, se cree usted un genio, y tampoco es verdad. A mí no me gustan sus retratos.

GERARDO.—En resumen, que ha venido usted a hacer la crítica de mis cuadros.

ANA MARÍA.—¿Porqué no? ¿Le molesta?

GERARDO.—No. Me sorprende.

ANA MARÍA.—Tampoco era usted entonces tan soberbio.

GERARDO.—¿Puedo saber cuándo?

ANA MARÍA.—Me refiero a aquellos tiempos en que era usted joven...

GERARDO.—Lo soy todavía.

ANA MARÍA.—Quiero decir, un hijo de familia, despreocupado, alegre... No le daba la menor importancia a lo que hacía y pintaba ya unos paisajes estupendos.

GERARDO.—(Halagado.) ¿Verdad que sí?

ANA MARÍA.—¡Claro que sí! ¡Estupendos! Vendía dos al mes.

GERARDO.—¿Cómo lo sabe?

ANA MARÍA.—Porque era yo quien se los compraba. Usted ni se enteraba, naturalmente. Yo me entendía con Juan, el portero, que era algo así como mi «manager».

GERARDO.—¡Magnífico Juan! Me acuerdo que alguna vez me habló de una compradora que venía a verle todos los meses.

ANA MARÍA.—No tenía más que bajar la escalera. Vivíamos en la misma casa.

GERARDO.—¿Es posible?

ANA MARÍA.—Sí. Durante muchos años. Pero usted no se había enterado, por lo visto.

GERARDO.—Pues ahora lo siento. Me hubiera halagado mucho saber que tenía una vecinita, joven y guapa, a la que le gustaban tanto mis cuadros.

ANA MARÍA.—¡Me entusiasaban!

GERARDO.—¿Los conserva usted todos?

ANA MARÍA.—Ninguno. Los volvía a vender en seguida, a muy buen precio. Puede decirse que me los quitaban de las manos. Como los compraba tan baratos, les sacaba un gran beneficio.

GERARDO.—(*Decepcionado*) ¡Ah! ¡Qué extraño que Juan no me dijera nada!

ANA MARÍA.—No le convenía que usted lo supiera. El cobraba, naturalmente, su comisión. Yo tenía que asegurar el negocio.

GERARDO.—Ya.

ANA MARÍA.—¡Si supiera la de entradas de cine que le debo, y la de novelas buenas, y la de medias de seda natural...! ¡Qué distinta hubiera sido para mí la vida sin sus cuadros! En casa empezaron los tiempos difíciles, justo en el momento en que se pusieron los libros caros. ¡Figúrese!

GERARDO.—Me satisface pensar que he contribuído a completar su cultura.

ANA MARÍA.—¡No lo sabe usted bien! Imagine lo furiosa que me pondría entonces al enterarme de que empezaba usted a hacer una vida desordenada, de que entraba y salía en casa a las horas más absurdas, de que muchas noches no volvía a dormir, y de que, las noches que volvía, allá a la ma-

drugada, ya se sabía que no se levantaba usted hasta las tres o las cuatro de la tarde.

GERARDO.—En una palabra, que no pintaba lo suficiente.

ANA MARÍA.—Exacto. Por eso odié, desde el primer día, a esa mujer.

GERARDO.—¿A quién?

ANA MARÍA.—A Myrian. Pensar que otra mujer —y una mujer que tenía pieles, joyas y trajes a montones, porque de todo me enteré en seguida— me dejaba a mí sin medias y sin cine y sin novelas traducidas en Barcelona, eso sólo me volvía loca.

GERARDO.—¡Corazón romántico!

ANA MARÍA.—¡Para romanticismo estaba yo! Al poco tiempo de reñir usted con su familia, de marcharse de casa después de un escándalo mayusculo...

GERARDO.—¿Pero también se enteró usted de eso?

ANA MARÍA.—¿Cómo no iba a enterarme? Se olvida usted de Juan.

GERARDO.—¡Ah, claro!

ANA MARÍA.—Pues como le decía, al poco tiempo de marcharse usted de casa y de romper con su familia, en lo que hizo usted muy mal...

GERARDO.—(*Impaciente.*) Adelante, adelante...

ANA MARÍA.—Quiero explicarle todo con detalles para que se dé bien cuenta de la situación. Dejó usted de pintar paisajes, porque lo único que le interesaba entonces era hacer retratos de esa señora, y nosotros tuvimos que mudarnos de casa.

GERARDO.—Lo comprendo. Se había terminado el negocio.

ANA MARÍA.—No se haga ilusiones. No vivíamos toda la familia de sus cuadros. Eso era sólo un negocio mío, particular. Pero las dificultades económicas eran cada vez mayores y no podíamos seguir pagando un piso tan caro.

GERARDO.—Lo siento. Juan se pondría muy triste.

ANA MARÍA.—Pues sí. Fué el que más lo sintió. El pobre recordaba los tiempos pasados, cuando la casa era un paraíso. Hasta que apareció la serpiente.

GERARDO.—¿Qué quiere usted decir?

ANA MARÍA.—Perdóneme. Le aseguro que no quiero molestarle, pero es que mezclo, sin saber por qué, la aparición de esa señora en su vida con el comienzo de todas nuestras calamidades. Ambos hechos coinciden. Pura coincidencia, si usted quiere... pero coinciden. De manera que tuvimos que dejar el piso y nos fuimos a vivir a otra casa mucho más modesta, en un barrio imposible, y me tuve que poner a trabajar al día siguiente de mudarnos, a ver si esta vez conseguíamos pagar la renta. En fin, ya sabe usted para lo poco que puede servir una señorita como yo, que apenas tenía ortografía.

GERARDO.—Conozco mucha gente que se dedica a la compra-venta que apenas sabe firmar.

ANA MARÍA.—No sea usted rencoroso. Piense, en cambio, que, mientras yo tenía que levantarme a las siete de la mañana para ponerme a las nueve detrás de un mostrador con una sonrisa de no haber desayunado, raro era el día en que no me llegaban noticias de usted, a cual más maravillosa.

GERARDO.—No sabía que era tan popular en las mercerías.

ANA MARÍA.—No se trataba de ninguna mercería, sino de una tienda de modas y ojetos de regalo.

GERARDO.—Me es igual. Me halaga lo mismo. Se pasaba usted el día hablando de mí con sus compañeras.

ANA MARÍA.—Con mis compañeras no, con Juan. Se olvida usted siempre de Juan. Venía a verme con frecuencia y me contaba todos sus triunfos. ¡El pobre, cómo le quería!

GERARDO.—¿Ah, sí? ¡Pues no me había enterado!

ANA MARÍA.—¡Claro! Ya usted no le hablaba. Usted entraba y salía en la casa sin mirarle siquiera. ¡El portero! ¡Bah! ¿Y de qué le ha servido tanto orgullo? ¡De nada!

GERARDO.—Juan ya no me quiere, por lo visto.

ANA MARÍA.—Su conducta de usted —perdóneme que se lo diga— ha dejado mucho que desear en estos últimos tiempos.

GERARDO.—¿Esa opinión es suya o de Juan?

ANA MARÍA.—De los dos. Porque es lo más natural del mundo que un hombre se enamore, pero que se enamore como usted se ha enamorado es siempre una tontería. Puede uno encontrarse, sin darse cuenta, en una situación comprometida.

GERARDO.—Mi querida señorita: creo que ya es hora de que la interrumpa. La he oído a usted, como habrá observado, con la mayor atención. Yo diría, incluso, que pacientemente, teniendo en cuenta que sólo me ha hablado usted hasta ahora de sus conversaciones con mi antiguo portero. Por lo que he

podido adivinar, se interesan ustedes bastante por mi vida, cosa que les agradezco. Pero antes de continuar con tan apasionante tema, le confieso que siento una gran curiosidad y que desearía hacerle una pregunta: ¿Quién le ha dado a usted ese traje y ese abrigo?

ANA MARÍA.—Nadie. No me los ha dado nadie.

GERARDO.—Lo suponía. No ha ocultado usted tampoco, durante su relato, su aversión hacia esa señora, Madame Brenstein, a quien llama usted familiarmente Myriam. Dado que esa señora tenía, según parece, tantos trajes, joyas y pieles, se ha decidido usted, por lo visto, a despojarla.

ANA MARÍA.—¡Qué atrocidad! Nada de eso. Si me he vestido así ha sido sólo por broma, por el juego que le decía.

GERARDO.—Pero como resulta, mi querida señorita...

ANA MARÍA.—Llámemme Ana María. Es más sencillo.

GERARDO.—No. Como resulta que hasta ahora es usted la única que sabe a lo que está jugando, es natural que yo esté a mi vez impaciente por saber al fin de qué juego se trata. Le ruego, por lo tanto, que se explique un poco más.

ANA MARÍA.—Entonces, ¿para qué me ha interrumpido?

GERARDO.—(Conteniéndose.) Hable.

ANA MARÍA.—No sé si usted sabrá que Doña Elisa, la dueña de esta pensión, es tía mía.

GERARDO.—Acabo de llegar. No puedo saberlo todo.

ANA MARÍA.—A la pobre no le han ido nunca bien sus cosas. En eso es en lo único que nos parecemos. Ha sido siempre muy desgraciada. Ya sabe usted,

en las familias suele haber parientes de esta clase.

GERARDO.— No sabía nada. Pero el abrigo, el traje, ¿donde los ha encontrado?

ANA MARÍA.— ¿Pues donde iba a encontrarlos? En su cuarto de usted.

GERARDO.— (*Dando un salto.*) ¿Que los ha encontrado..? ¿Pero qué está usted diciendo?

ANA MARÍA.— Oígame. No se ponga nervioso.

GERARDO.— ¿Pero cómo es posible que estuvieran en mi cuarto?

ANA MARÍA.— Al llegar a la pensión, a la que vengo con frecuencia para ver a mi...

GERARDO.— (*Impaciente.*) A su tía. Ya lo sé.

ANA MARÍA.— Si no me deja usted hablar...

GERARDO.— (*Estallando.*) ¿Que no la dejen hablar y no ha hecho otra cosa desde que ha entrado?

ANA MARÍA.— (*Tranquilamente.*) Quiero decir, ahora, que le voy a explicar lo que ha pasado.

(GERARDO se deja caer en un asiento, vencido.)

GERARDO.— (*Tras una pausa.*) Hable usted, la escucho.

ANA MARÍA.— Pues me dijo no sé quién que estaba usted aquí.

GERARDO.— (*Sin poder contenerse.*) ¿Pero cómo podían saber...? (*Tapándose la boca con la mano para no seguir hablando.*) No, nada siga usted.

ANA MARÍA.— ¡Figúrese mi sorpresa! ¡Usted en esta casa! ¿Quién iba a pensarlo! Aunque si he de decir la verdad, no fué tanta mi sorpresa. Sabía que Madame Brenstein había pasado aquí unos días, y ya sospechaba yo que no andaría usted muy lejos,

GERARDO.—Pero usted sabe también que Madama Brenstein se ha marchado.

ANA MARÍA.—Sí. (*Tras una pausa.*) ¿Adónde ha ido?

GERARDO.—¡Ah, si lo supiera!

ANA MARÍA.—Ahora siento de verdad haberle dado esta broma. Veo que está usted preocupado.

GERARDO.—Lo que no consigo explicarme es... A ver... (*Mira de cerca el traje de Ana María, coge entre sus dedos la tela de una manga, como examinándola.*) Pero me parece que este traje no es el suyo.

ANA MARÍA.—(*Decepcionada.*) ¿No?

GERARDO.—No. Tiene la misma línea, es blanco también, pero no es el mismo.

ANA MARÍA.—Yo creí...

GERARDO.—A ver... (*Examina también el abrigo.*) Tampoco es este su abrigo.

ANA MARÍA.—¡Ah!

(*Mira el abrigo, desilusionada.*)

GERARDO.—Al entrar usted me pareció...

ANA MARÍA.—Que yo era la otra, Pero tampoco lo soy.

GERARDO.—¿Cómo pude confundirme?

ANA MARÍA.—¿Tan distintas somos?

GERARDO.—(*Mirándola.*) No sé...

ANA MARÍA.—Una misma persona cambia a veces mucho.

GERARDO.—No querrá usted decir que es Madame Brenstein,

ANA MARÍA.—¡No, por Dios! Soy menos ambiciosa. Pero recuerdo que durante mis veraneos (—bueno, cuando yo veraneaba— solíamos ir al norte, entre montañas, y una de mis excursiones favoritas consistía en bajar al valle para contemplar, de cerca, el misterioso nacimiento del río; de ese mismo río que pasa por aquí, por la ciudad. Era el mes de junio, lleno de luz, y aún tengo ante los ojos aquel arroyo de agua limpia, transparente, que yo veía nacer. Luego, al regreso, al encontrarlo de nuevo en la ciudad, no lo reconocía. Era ya un río grande, profundo y sucio. Surcaban por él unas barcas negras. A veces no se veían por la niebla. ¿Que se había hecho de mi arroyo transparente?

GERARDO.—Eso quiere decir...

ANA MARÍA.—Que todo se enturbia, hasta los ríos. Me voy a cambiar.

GERARDO.—Pero antes me explicará usted...

ANA MARÍA.—¿Cómo estoy vestida así? Se dejó usted abierta la puerta del pasillo, vi el traje y el abrigo en su cuarto, sentí la tentación irresistible de ponérmelos y darlé a usted una broma estúpida, lo comprendo. Eso es todo.

GERARDO.—¿Pero quién los había llevado a mi cuarto?

ANA MARÍA.—¡Ah, eso no lo sé! Será mejor que se lo pregunte usted a mi tía. Siento, sinceramente, no poder darle otra explicación. El juego ha terminado.

(ANA MARÍA sale por la primera de la izquierda. GERARDO queda mirando la puerta del cuarto, que ha

vuelto a cerrarse. Por el foro entra ATIENZA, que llega de la calle. Viste de claro. Cruza la escena sin detenerse.)

ATIENZA.—Buenas noches.

(GERARDO no responde, absorto en la contemplación de la puerta. ATIENZA sale por la primera de la derecha. Antes de salir, mira un momento, intrigado, a GERARDO, que sigue de espaldas. Tras una ligera vacilación, GERARDO se dirige hacia el foro, por el que aparecen, viniendo del interior de la casa, terminada la cena, CONSUELO, PILAR y DON HORACIO. GERARDO sale rápidamente, sin mirarles.)

PILAR.—¡Qué le pasará!

DON HORACIO.—Parece algo excitado.

CONSUELO.—No me gusta nada ese huésped.

PILAR.—¡Vamos, que si te dijese una palabra te olvidabas de tu Pepe en el acto!

DON HORACIO.—Pepe, Pepe... ¿Quién es Pepe? Con este entrar y salir de gente de la pensión, ya no conoce uno a nadie.

PILAR.—Díganos, Don Horacio: ¿no le parece extraño lo que ocurre aquí desde hace unos días?

DON HORACIO.—¿A qué te refieres?

PILAR.—(Señalando la primera puerta de la derecha.)

Un huésped misterioso que se encierra en su cuarto y no hay nadie que lo vea; otro huésped, como ese que acaba de salir, que no me negará usted que es mucho más misterioso.

DON HORACIO.—¡Misterios, misterios por todas partes!

CONSUELO.—¿Verdad que sí?

DON HORACIO.—Estáis en la luna.

PILAR.—¿Por qué?

DON HORACIO.—¿De verdad no sabéis lo que sucede?

PILAR.—No. ¿Cómo vamos a saberlo si nos pasamos el día trabajando?

DON HORACIO.—Yo también trabajo, pero me entero. Uno tiene la obligación de enterarse de todo.

CONSUELO.—¿Qué es lo que ocurre? Cuéntenos.

DON HORACIO.—¿Recordáis a aquella señora, vestida de blanco, que se pasaba las horas de pie junto a esa ventana, como un fantasma?

PILAR.—Sí.

DON HORACIO.—Se llamaba madame Brenstein.

PILAR.—Bueno, si le gustaba.

CONSUELO.—¿Qué más?

DON HORACIO.—Pues madame Brenstein ha sido asesinada.

CONSUELO.—¡Qué barbaridad!

PILAR.—¿Asesinada?

DON HORACIO.—Eso parece. Pero de estas cosas conviene hablar lo menos posible.

PILAR.—¿Por qué?

DON HORACIO.—No conviene nunca hablar de crímenes, ni de cadáveres, ni de misterios. La gente puede pensar que uno sabe más de lo que sabe. Y yo no sé más.

PILAR.—(*Pensativa.*) Entonces usted cree... (*Como recordando de pronto.*) ¡Claro! ¡Por eso sé impresionó tanto cuando me oyó decir lo del crimen!

DON HORACIO.—¿Quién?

PILAR.—(*Señalando hacia el foro.*) ¡Ese!

DON HORACIO.—Luego, ya tú lo sabías.

PILAR.—No, se trataba de otro crimen.

DON HORACIO.—(*Asombrado.*) ¿De otro?

PILAR.—(*Impaciente.*) Sí, de uno nuestro; no tiene importancia.

DON HORACIO.—(*Más asombrado.*) ¿Eh?

PILAR.—No merece la pena que se lo cuente, don Horacio; créame. Fué una broma que yo le di a ésta.

DON HORACIO.—(*Con un suspiro de alivio.*) Más vale así.

(*Por el foro entran GERARDO y DOÑA ELISA.*)

DOÑA ELISA.—Ya veremos lo que nos dice ese señor. (*Señala la primera puerta de la derecha.*) El fué quien abrió la puerta. En cuanto a mi sobrina, tiene usted que perdonarla. Es lo que yo digo: es una señorita alocada, como son ahora todas las señoritas. En cuanto se le ocurre una broma, no hay quien la detenga. Una, como ya ha descendido a otra clase social, no se explica estas confianzas.

GERARDO.—Dejemos eso. Lo que me importa es hablar con ese señor.

DOÑA ELISA.—Ahora mismo. (*Llama a la primera puerta de la derecha.*) Señor Atienza, ¿quiere usted salir un momento?

PILAR.—(*Confidencial, a don Horacio.*) Ahora vamos a conocer al huésped nuevo.

(*ATIENZA aparece en la puerta del cuarto.*)

ATIENZA.—Buenas noches. ¿Qué desea usted, doña Elisa?

DON HORACIO.—(*Confidencial, a Pilar.*) Este no es el huésped nuevo.

DOÑA ELISA.—(Por Gerardo.) El señor quería saber quién trajo esa ropa, ya sabe usted: ese traje y el abrigo.

ATIENZA.—Me pareció un simple recadero. Yo abría la puerta para salir. Entró y dejó las prendas sobre una silla. (A doña Elisa.) Yo le avisé a usted y me fui a la calle.

GERARDO.—¿No le dijo de parte de quién venían? ¿No le dió a usted ningún recado?

ATIENZA.—¡Claro que sí! ¡Qué cabeza la mía! No sé cómo pedirle que me perdone. (Sacando una carta del bolsillo.) Me entregó esta carta y, con la precipitación de salir, debí guardármela sin darme cuenta. Estoy realmente avergonzado. Tome usted.

GERARDO.—(Cogiendo la carta.) Gracias.

(GERARDO se aleja para leer la carta al otro extremo de la escena, hacia su cuarto. ATIENZA le observa, fijamente.)

DOÑA ELISA.—(A Atienza.) ¿Quiere usted que le prepare una taza de café?

ATIENZA.—(Sin dejar de observar a Gerardo.) Sí, muy bien.

(DOÑA ELISA se dirige hacia el foro.)

DON HORACIO.—(Deteniéndola, sonriente.) Mi querida doña Elisa, esta pensión es más sorprendente cada día. Ya se ofrecen hasta tazas de café. ¿Podría yo tomar otra?

DOÑA ELISA.—A usted no le conviene abrir la boca, Ni siquiera para tomar café.

(DOÑA ELISA sale por el foro, seguida de DON HORACIO. GERARDO termina de leer la carta. ATENEA se vuelve a mirar por la ventana, con aparente indiferencia. Por la primera de la izquierda entra de nuevo ANA MARÍA, vestida ya con un traje corriente.)

ANA MARÍA.—(A Gerardo.) Ya tiene usted su cuarto en orden.

CONSUELO.—(A Pilar.) Me gustaría a mí saber qué hacía la sobrinita, sola, en la habitación del huésped.

PILAR.—Más curiosidad te hubiese dado si no hubiera estado sola.

(Salen CONSUELO y PILAR.)

ANA MARÍA.—Me alegro de que haya tenido usted noticias de esa señora.

GERARDO.—Sí. He recibido esta carta. No es realmente una carta. Es un largo borrador que apenas tiene sentido. No sé siquiera si está dirigido a mí.

ANA MARÍA.—¿A quién, si no?

GERARDO.—No sé. Supongo, de todos modos, que esto significa que va a venir.

ANA MARÍA.—¿Y, si no viniera?

GERARDO.—¿Por qué no ha de venir?

ANA MARÍA.—¿Y si no viniera nunca? ¿Si no volvieran ustedes a encontrarse?

GERARDO.—Sería señal, entonces, de que uno de los dos habría muerto.

(GERARDO se dirige hacia su cuarto. ANA MARÍA le sigue con la mirada.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

(Al día siguiente. A la orilla del río, en las afueras de la ciudad. Entran ANA MARÍA y GERARDO.)

ANA MARÍA.—¿Seguimos paseando?

GERARDO.—Me es igual.

ANA MARÍA.—Está usted enfadado porque le he hecho salir de casa.

GERARDO.—Al contrario; el aire me hará mucho bien. Necesitaba distraerme. Es inútil seguir esperando.

ANA MARÍA.—A estas horas se preguntará mi tía qué es lo que habrá sido de nosotros.

GERARDO.—No lo creo. Sabrá ya que estamos aquí, paseando, por la orilla del río.

ANA MARÍA.—¿Cómo va a saberlo?

GERARDO.—Por el policía de la pensión. No ha hecho más que seguirnos durante toda la tarde.

ANA MARÍA.—¡Ah! ¿Lo notó usted?

GERARDO.—En seguida.

ANA MARÍA.—¡Vaya!

GERARDO.—Por más señas que usted le hacía, no consiguió que se alejara.

ANA MARÍA.—Se fija usted en todo,

GERARDO.—Así es. Pero al fin nos ha dejado tranquilos. Dígame; ¿cómo se ha prestado usted, una señorita, a intervenir en éste asunto?

ANA MARÍA.—Vino el comisario a verme a casa. Necesitaba, según me dijo, reunir todos los antecedentes sobre su vida. Sabía que habíamos sido vecinos durante varios años. Me propuso que le ayudara a aclarar lo sucedido —ya sabe, la muerte de mi tía Brenstein—, haciéndome pasar por la sobrina de esa señora de la pensión.

GERARDO.—¡Ah! ¿Conque no es usted su sobrina?

ANA MARÍA.—No.

GERARDO.—Entonces, ¿qué es lo que debo creerle de todo lo que me dijo anoche?

ANA MARÍA.—Lo demás. Recuerdo que le dije también muchas otras cosas. Le aseguro que me interesó, desde el primer momento, lo que me contaron de usted. ¿De manera que aquel chico alegre, despreocupado, que bajaba cantando por las escaleras de la casa, resultaba ahora un personaje peligroso? No solté la carcajada por no molestar al comisario.

GERARDO.—No veo el motivo de la risa. Yo puedo ser muy bien un personaje peligroso.

ANA MARÍA.—Me costaría trabajo creerlo. Luego me pidieron que me disfrazase, cosa que me ha entusiasmado siempre, desde pequeña. Pero me di cuenta en el acto de lo que se proponían. Ponerme el traje de la otra, o uno parecido —porque por lo visto no era el mismo— y presentarme así, de pronto, podía arrancarle a usted el grito que nos

revelara su secreto: «¡No! ¡Atrás, fantasmas, atrás!»

GERARDO.—Pues, no. No hubo tal grito, ni la llamé fantasma.

ANA MARÍA.—Me llamé usted otras muchas cosas; pero fantasma, no. No diré que me reconociera en el acto, pues ni siquiera me recordaba, pero hablamos como dos viejos amigos; dos viejos amigos que no se entienden, pero eso es muy frecuente.

GERARDO.—Le confieso que llegué a la pensión con muy pocas ganas de reanudar amistades. No esperaba encontrar a ninguna persona conocida. Por eso estuve, quizá, un poco brusco. Pero ahora que por lo visto nos conocemos desde hace tanto tiempo, puede usted hacerme las preguntas que quiera.

ANA MARÍA.—Así me gusta. Tengo mucho interés en saberlo todo, en demostrar al comisario que se ha equivocado.

GERARDO.—¿Qué se ha equivocado en qué?

ANA MARÍA.—En creer que es usted tan peligroso. Vamos a ver: ¿cuándo conoció usted a esa señora?

GERARDO.—El verano pasado, en una de esas verbenas benéficas que se organizan junto al río.

ANA MARÍA.—¡Siempre el río!

GERARDO.—No hace más que dar vueltas por la ciudad. Por eso se le encuentra en todas partes.

ANA MARÍA.—Siga.

GERARDO.—Había mucho ruido, mucha gente. Sonaban los organillos. (Empieza a oírse, dentro, la

música distante de un organillo.) Deje a los amigos que me acompañaban y me acerqué solo a la orilla. Se respiraba en ella un aire malsano, pero se respiraba al menos. Se escuchaban en la oscuridad las voces, llamándose, de los bañistas improvisados. Me detuve un instante. Descubrí entonces junto a mí, sin explicarme cómo se había acercado, a una mujer que no conocía. Estábamos solos.

ANA MARÍA.—¿Qué más?

GERARDO.—Empezamos a hablar. Nos presentamos. Me hacía el efecto de que la hubiese conocido toda la vida. Paseamos luego juntos, hasta muy tarde. Nos prometimos volver a vernos al día siguiente, y al otro, y al otro... Nos parecía mentira que tuviéramos que separarnos. Después volvimos a la verbena.

ANA MARÍA.—¿Después de qué?

GERARDO.—Del paseo. Estaba muy inquieta.

ANA MARÍA.—Sus motivos tendría.

GERARDO.—En la verbena había un rincón tranquilo: un tiro al blanco. Lo recuerdo perfectamente. Poco iluminado, alejado del bullicio de la gente, nos pareció un buen sitio para seguir hablando.

ANA MARÍA.—¿No habían ya hablado bastante?

GERARDO.—No. La sorpresa del encuentro nos brindaba un tema de conversación, interminable. Pero apenas si pudimos cambiar unas cuantas palabras más.

ANA MARÍA.—¿Por qué?

GUARDO.—Porque allí, en el tiro al blanco...

(Se apaga la luz. La música del organillo suena ahora más cerca, durante la mutación. Queda luego como fondo musical, intermitente, durante el cuadro II.)

CUADRO SEGUNDO

(Rincón de verbena. De noche. Un tiro al blanco, lateral, que atiende una muchacha. En primer término, dos mesas con sillas: una vacía y, ante la otra, bebiendo unos refrescos, un matrimonio entrado en años. Llegan MYRIAM y GERARDO.)

MYRIAM.—¿No será mejor separarnos ya?

GERARDO.—De ninguna manera. Aun tenemos mucho que hablar.

(Se sientan en la otra mesa. El camarero se acerca.)

CAMARERO.—¿Desean algo los señores?

MYRIAM.—Una naranjada, por favor.

GERARDO.—A mí también.

SEÑORA.—*(Confidencial, al marido.)* Fíjate: esos son dos recién casados.

MARIDO.—¿En qué lo notas?

SEÑORA.—En lo contentos que están. No pueden ocultarlo.

CAMARERO.—*(Decepcionado, a la muchacha del tiro.)*

¡Dos naranjadas! En estas verbenas aristocráticas, ya se sabe: se bebe más de lo barato. Es lo castizo.

MUCHACHA.—Y lo económico.

(Sale el camarero.)

SEÑORA.—*(Al marido, por los recién llegados.)* Ahora

se cogen las manos. Lo que te he dicho: se ad-
rap.

MYRIAM.—(A Gerardo.) Ten cuidado. Ya no estamos
solos.

GERARDO.—No lo sé. No veo. Me has deslumbrado.

MYRIAM.—Pues tienes que abrir los ojos. Nos ob-
servan.

GERARDO.—No debo abrirlos. Estoy seguro que, des-
de que los abra, resultará que todo es mentira.

MYRIAM.—Puede muy bien ser verdad, sin necesidad
de que los demás se enteren.

GERARDO.—No me importa que lo sepan. Es más,
voy a contárselo a esos. (Hace un movimiento ha-
cia la otra mesa) Necesito contárselo a alguien.

MYRIAM.—(Riendo.) ¡Qué tanto! ¿Qué es lo que tie-
nes que contar?

GERARDO.—¡Algo maravilloso! No me negarás que
nos hemos conocido de la manera más inesperada.
No nos ha presentado nadie. Myriam, Gerardo,
nos hemos dicho, como si realmente no hiciere
falta más.

MYRIAM.—(Con una ligera inclinación.) Madame
Hrenstein.

GERARDO.—Gerardo del Valle.

MYRIAM.—Pues eso es todo. Ya ves que sencillo.

GERARDO.—Demasiado sencillo. Eso es lo que me
asusta. La felicidad no suele ser tan fácil.

MYRIAM.—(Con coquetería.) ¿Y quién piensa en la
felicidad?

GERARDO.—(Cogiéndola a un lado.) Yo.

MARIDO.—(Bajando la voz, a su mujer.) Me parece
que están un poco bebidos.

GERARDO.—(A Myriam.) Déjame mirarte.

MYRIAM.—Pero no así. Ten un poco de cabeza.

GERARDO.—La he perdido, créeme. La he perdido y no la encuentro. Pero sé muy bien donde la he dejado.

MYRIAM.—¿Dónde?

GERARDO.—Junto al río.

MYRIAM.—Pues tendremos que ir a buscarla.

GERARDO.—(Levantándose.) ¡Andando!

MYRIAM.—¡Vamos, siéntate! Estamos llamando la atención.

(GERARDO se sienta. Entra el camarero, sirve las dos naranjadas y vuelve a salir.)

GERARDO.—¿En qué estás pensando?

MYRIAM.—¿Te parece pequeña la locura que hemos hecho?

GERARDO.—No. Me parece grande, enorme. Por eso me sigue pareciendo mentira. Hace unas horas ni nos conocíamos siquiera. En cambio, ahora...

MYRIAM.—¿Ahora, qué?

GERARDO.—Dime otra vez que me quieres.

MYRIAM.—Sería la primera vez que te lo dijera.

GERARDO.—Pero me quieres.

MYRIAM.—Tal vez.

GERARDO.—Seguro. Tengo pruebas.

MYRIAM.—No te fies.

GERARDO.—¿Y la locura de que me hablabas?

MYRIAM.—Aquí el único que está loco eres tú.

GERARDO.—Y tú.

MYRIAM.—Bueno pues los dos.

GERARDO.—Pero estamos locos como hay que estarlo: dispuestos a todo.

MYRIAM.—¿A qué llamas tú «todo»?

GERARDO.—A no volver a separarme de ti, por ejemplo.

MYRIAM.—¿Nunca?

GERARDO.—Jamás.

MYRIAM.—¡Ah!

SEÑORA.—(Al marido.) Yo también.

MARIDO.—¿También qué?

SEÑORA.—También estoy un poco bebida.)

MARIDO.—¿Qué dices? ¡Pero si te has tomado un refresco!

SEÑORA.—Vamos a bailar.

MARIDO.—¡Pero mujer...!

SEÑORA.—Un par de vueltas y nos vamos a casa. Anda, verás como te animas, tú también.

MARIDO.—¿Cuando yo te digo...!

SEÑORA.—¡Pero si no me dices nada! ¡Soy yo la que tiene que decirlo todo! (Sale el matrimonio.)

GERARDO.—Sonríete.

MYRIAM.—(Sonriendo.) Dices unas cosas muy importantes: «jamás».

GERARDO.—Todo lo nuestro tiene que ser ya muy importante. Por lo pronto hay que empezar a pensar donde vamos a vivir.

MYRIAM.—¿Eh?

GERARDO.—Tenemos que vivir en alguna parte.

MYRIAM.—Cada uno en su casa.

GERARDO.—¿Tienes tú casa?

MYRIAM.—Acabo de ponerla ¿Y tú?

GERARDO.—La pusieron mis padres hace muchos años.
Estoy harto de ella.

MYRIAM.—(Riendo.) ¿En qué trabajas?

GERARDO.—Pinto.

MYRIAM.—¡Ah! Me harás un retrato.

GERARDO.—Te haré todos los retratos: de perfil, de frente, de espaldas...

MYRIAM.—No sé si podré pagarte tantos.

GERARDO.—No importa. Te los regalaré todos.

MYRIAM.—¿Y de qué vas a vivir entonces?

GERARDO.—De mis padres. Es lo que he hecho siempre. Mira: si te parece, nos iremos a vivir al extranjero.

MYRIAM.—Eso sí me gustaría.

GERARDO.—¿De verdad?

MYRIAM.—Mucho.

GERARDO.—(Decidido.) ¿Cuándo nos vamos?

(Rien los dos. En escena aparece Brenstein. Myriam, desconcertada, deja de reír y se pone bruscamente en pie.)

MYRIAM.—(A Brenstein.) ¡Ah! te estaba buscando...

BRENSTEIN.—¿Aquí?

MYRIAM.—Sí, por la verbena... Voy a presentarte: Gerardo del Valle, pintor... Mi marido.

BRENSTEIN.—Tanto gusto. (A Myriam.) ¿Hacia mucho tiempo que estabas aquí?

MYRIAM.—Sí, un rato.

BRENSTEIN.—Yo también te buscaba.

MYRIAM.—Pues aquí estábamos, en el tiro al blanco.

BRENSTEIN.—¡Ah! ¿Un tiro al blanco? (A Gerardo.)

¿Es usted aficionado a tirar?

GERARDO.—Pues la verdad, no.

BRENSTEIN.—Yo sí. Me tengo por un gran tirador.
A ver...

(Coge unos de los rifles.)

MUCHACHA.—Es aquí, señor, donde hay que tirar.

BRENSTEIN.—Demasiado fácil. Prefiero un tiro más complicado. A ver, Myrian: ponte aquí. Toma este cigarrillo —acabo de encenderlo— y coloca la mano encima de la cabeza.

MUCHACHA.—*(Asustada.)* ¡No, eso no!

(MYRIAM va a obedecer. GERARDO interviene, tranquilamente.)

GERARDO.—Perdone, señor Brenstein: Guillermo Tell, en una ocasión por el estilo, utilizó a su hijo, no a su mujer.

BRENSTEIN.—Yo no tengo ningún hijo.

GERARDO.—Pero yo puedo hacer sus veces. Quiero decir, por una vez.

BRENSTEIN.—No es usted tan joyen.

GERARDO.—¡Vamos! ¿De qué se trata? ¿De lucir su puntería? *(Coge el cigarrillo de la mano de Myrian.)* ¡Tire usted! Fumando.

(Se coloca de perfil, con el cigarrillo en la boca. Brenstein le apunta.)

BRENSTEIN.—Si usted se empeña...

MUCHACHA.—*(Devolviendo la puntería.)* ¡Cuidado, señor, que está cargado! Está prohibido jugar con las armas.

BRENSTEIN.—*(Devolviendo el rifle.)* ¡Ah, si está pro-

hibido... (A Gerardo.) Tendremos que dejarlo para mejor ocasión.

GERARDO.—Como usted guste.

BRENSTEIN.—(A Myriam.) ¿Qué? ¿Nos vamos ya?

MYRIAM.—(Nerviosa.) Sí vamosos.

BRENSTEIN.—Se ha hecho un poco tarde. (A Gerardo.) Espero que nos volvamos a ver. Buenas noches.

(Salen MYRIAM y BRENSTEIN.)

MUCHACHA.—(Con un suspiro de alivio.) ¡Bueno, si no llega a ser por mí, menudo susto le dan a usted!

GERARDO.—Oye, es cierto. ¡Muchas gracias!

(Se apaga la luz. Se oye de nuevo sonar el organillo, que se extingue al continuar el cuadro I.)

CUADRO PRIMERO

(Continuación.)

ANA MARÍA.—¡Bien merecido el susto! La verdad es que la conducta de esa señora fué bastante ligera.

GERARDO.—(Después de mirarla.) ¡Ya la recuerdo a usted!

ANA MARÍA.—¡Ya era hora!

GERARDO.—La he reconocido en este instante, al fijarme en sus ojos. Usted es la señorita cursi del primero.

ANA MARÍA.—¿Me llama usted así?

GERARDO.—Sí. Sabía que en el primero vivía una señorita a la que no veía nunca. A esa señorita corresponde su mirada.

ANA MARÍA.—¡Vaya! Yó, en cambio, le llamaba a usted «el tonto».

GERARDO.—¿Puedo saber por qué?

ANA MARÍA.—«El tonto de remate». Por andar de cabeza detrás de esa mujer.

GERARDO.—¿Qué sabía usted de eso?

ANA MARÍA.—Lo que oía decir a la gente, que ya era bastante.

GERARDO.—¡La gente, la gente! ¡Lo que decían en el barrio! Ni siquiera en el barrio; ¡en la calle miserable!

ANA MARÍA.—Nuestra calle era muy bonita.

GERARDO.—Preciosa; el portero de enfrente, la vecina de al lado, la taberna de la esquina...

ANA MARÍA.—No había ninguna taberna en la esquina.

GERARDO.—¿Cómo que no?

ANA MARÍA.—Era un bar.

GERARDO.—¡Un bar! ¡A ver si ahora resulta que no me acuerdo yo de donde vivía!

ANA MARÍA.—No se acuerda. ¡Ah, si se acordara!

GERARDO.—¿Qué?

ANA MARÍA.—Si se acordara de veras, sin confundir los establecimientos, se daría usted cuenta de todo lo que ha perdido. ¡Era una calle maravillosa!

GERARDO.—Con un tranvía.

ANA MARÍA.—Sí; ruidoso, destartalado, haciendo estremecer la casa. Aún tengo en los oídos el ruido de los cristales de las ventanas. Fué la música de mi infancia.

GERARDO.—(Tras una pausa.) Ana María...

ANA MARÍA.—Ya ha aprendido usted mi nombre.

GERARDO.—Quisiera hablar con usted.

ANA MARÍA.—Eso estamos haciendo.

GERARDO.—Es que...

ANA MARÍA.—Siga.

GERARDO.—Tuteame.

ANA MARÍA.—No; tuteo ya a demasiada gente.

GERARDO.—Bueno, pues te tutearé yo. Si tu supieras...

ANA MARÍA.—¿Qué?

GERARDO.—¿Por qué me has hablado tanto de mi calle, de mis recuerdos?

ANA MARÍA.—Para ver si los conservabas todavía. Es el primer paso.

GERARDO.—¿El primer paso para qué?

ANA MARÍA.—Para que vuelvas a ser el de antes. Pero recuerdas pocas cosas. No sé cómo arreglármelas.

ANA MARÍA.—¿Tanto te interesa?

ANA MARÍA.—Verás. Todavía no te lo he dicho todo. Yo estaba orgullosa de tí, desde pequeña. Me parecías el chico más guapo del barrio, el más alegre, el más inteligente...

GERARDO.—¡Qué tontería! ¡Si no nos conocíamos!

ANA MARÍA.—Yo a tí sí. Te veía siempre salir y entrar en casa, escondida detrás de los visillos de mi cuarto. En el fondo, creo que estaba enamorada. Pero era muy tímida, ya sabes: una niña cursi. Nunca me atreví a hablarte. Es decir...

GERARDO.—(Interesado.) A ver...

ANA MARÍA.—Un día fuiste tú el que me hablaste. Fue en la escalera. Me dijiste: «¿Sabes si está lloviendo?» Yo te contesté: «No llueve.» Me pareció oír que llovía», añadiste. «Es el ruido del ascensor», te dije yo. Eso fue todo.

GERARDO.—¡Hermoso diálogo!

ANA MARÍA.—Llegué a aprendérmelo de memoria, a fuerza de repetirlo. Ya ves que no lo he olvidado.

GERARDO.—Yo tampoco he olvidado nada. Lo que pasa es que mis recuerdos se atropellan unos a otros, como si no quisieran vivir juntos.

ANA MARÍA.—Los habrá de distintas clases. Es lo que

ERA.

GERARDO.—Pero los mejores son esos de que hablabas: el tranvía, la escalera... Terminaría recorriéndote; seguro.

ANA MARÍA.—Ya no soy aquella jovencita tímida, pero es mejor. Así podré ayudarte.

GERARDO.—(*Cogiéndole una mano.*) Gracias, Ana María. Eres una buena chica.

ANA MARÍA.—¿Es lo único que se te ocurre decirme?

GERARDO.—Tú esperabas un piropo de verdad.

ANA MARÍA.—¡Claro! Hace falta ser como soy yo para meterme, voluntariamente, en este lío. Y que conste que ya no estoy enamorada. Eso se me pasó. Pero fuiste el compañero soñado de mi infancia —¡otro personaje estupendo!— y no quiero abandonarte ahora, cuando todos te persiguen.

GERARDO.—¿Todos?

ANA MARÍA.—Esa es mi impresión.

GERARDO.—La mía también.

ANA MARÍA.—¿Cuándo fué la última vez que viste a esa señora? Sé que no te separabas de su lado.

GERARDO.—Recuerdo la última tarde que estuve a visitarla. Nunca se me había ocurrido pensar, hasta entonces, que pudiesen existir otros motivos que justificaran mi presencia en su casa a todas horas. Myriam me aseguraba que estaba enamorada, y uno, por lo general, suele creer estas cosas. Sin embargo, quedaban en pie nuestro encuentro disparatado, lo imprevisto de nuestras relaciones, la rapidez con que se sucedieron los hechos, para que yo no pudiera sospechar que todo había sido demasiado fácil y que no ocultaba algún misterio. Aquella tarde, en su casa, quedó la situación acia-

rada. Se trataba de buscar a una persona, a alguien dispuesto a hacer un viaje al extranjero con no sé qué misión...

ANA MARÍA.—¡Ah!

GERARDO.—Myriam me contó después lo sucedido. Parece ser que había ido a ofrecerles sus servicios, aquella misma tarde, una especie de administrador, un hombre de confianza...

ANA MARÍA.—¿Cómo se llamaba?

GERARDO.—No lo sé. No le pregunté su nombre. No supuse que pudiera interesarme.

ANA MARÍA.—¿Le reconocerías si le vieras de nuevo?

GERARDO.—No. Cuando llegué, el ya se había marchado. Ni siquiera le vi.

ANA MARÍA.—¡Qué lástima! Te hubiera convenido mucho saber quién era.

GERARDO.—No comprendo que relación puede tener ese hombre conmigo.

ANA MARÍA.—Ninguna. Pero yo, que no soy policía sino por afición, por el interés que tengo en sacarte del laberinto en que te encuentras, siempre he pensado que en este asunto tenía que haber otra persona de la que no sabíamos nada, de la que ignorábamos incluso su existencia, que muy bien pudiera ser el verdadero y único culpable.

GERARDO.—De manera que tú crees que el autor del crimen fué acaso otra persona.

ANA MARÍA.—Sí. Tú no pudiste cometerlo. Estoy segura.

GERARDO.—Gracias.

ANA MARÍA.—Si pudiéramos saber quien era ese hom

bre que fué aquella tarde a ofrecer sus servicios de administrador...

(Se apaga la luz. Se oye durante la mutación sonar un piano, que sigue como fondo al comenzar el cuadro III.)

CUADRO TERCERO

(Habitación de gran estilo en la planta baja de un hotel particular. Puerta de cristales, al foro, que comunica con el jardín. Otra puerta en el lateral izquierdo. De día, BRENSTEIN ordena unas facturas, sentado ante una mesa. Por la izquierda entra el criado.)

CRIDO.—El recomendado de la señora quiere ver al señor.

BRENSTEIN.—¿Qué recomendado?

CRIDO.—Me ha parecido entender que viene a ofrecer sus servicios de administrador.

BRENSTEIN.—¡Ah, ya! Que pase.

(Sale el criado y a poco entra DON HORACIO.)

DON HORACIO.—Buenas tardes.

BRENSTEIN.—Buenas tardes. Pase usted.

DON HORACIO.—Soy el recomendado...

BRENSTEIN.—Sí, ya sé. La persona con quien habló mi mujer en el banco.

DON HORACIO.—Sí señor. La señora me dijo que viniese esta tarde.

BRENSTEIN.—Siéntese, por favor. Le estaba esperando. Termine en seguida.

(DON HORACIO se sienta.)

DON HORACIO.—*(Mirando extasiado por la habitación.)* ¡Preciosa casa!

BRENSTEIN.—(Sin suspender el trabajo.) ¿Qué? ¿Le gusta?

DON HORACIO.—Mucho. Todo rico, escogido, del mejor gusto. Y cada cosa en su sitio: las cortinas, los cuadros...

BRENSTEIN.—(Sorprendido, levantando la cabeza.) ¿En qué otro sitio pensaba usted que podrían ponerse?

DON HORACIO.—No lo sé. No conozco bien los gustos de ahora. Pero quien haya elegido estos muebles, estas alfombras, está de acuerdo con los gustos de siempre. Así vivieron nuestros padres, nuestros abuelos. Los míos particularmente, no, porque eran gente modesta. Pero he oído hablar con frecuencia de cómo vivían los padres y los abuelos de otros, lo que es siempre un consuelo.

BRENSTEIN.—Bien, Don Horacio. Su nombre es Don Horacio, ¿no es así?

DON HORACIO.—Sí, señor.

BRENSTEIN.—Como mi mujer le ha dicho, nos dispomos a pasar aquí una larga temporada. He firmado por un año el contrato de esta casa. Queremos hacer un poco de vida social. No conocemos aquí a nadie.

DON HORACIO.—No habrán ustedes pensado en mí para presentarles.

BRENSTEIN.—¿Por qué no?

DON HORACIO.—Pertenezco desde que nací, señor Brenstein, a las clases dirigidas.

BRENSTEIN.—(Riendo.) Es usted un empleado probo, inteligente, fiel cumplidor de sus obligaciones. Mi mujer me ha hecho de usted grandes elogios.

DON HORACIO.—Muy agradecido.

BRENSTEIN.—(Jovial.) Piensa invitarle a nuestras fiestas.

DON HORACIO.—Será un gran honor para mí, pero no podré aceptar. En cincuenta años de vida no he recibido nunca ninguna invitación. No sé lo que ha pasado.

BRENSTEIN.—(Riendo de nuevo y entregándole unos papeles.) Bueno, aquí tiene usted estas facturas. Gastos de instalación, como verá. Estas otras notas sueltas son gastos de mi mujer. Sin justificantes, como de costumbre. Ya la conocerá usted más. Y serán buenos amigos. ¡Pero cuidado con enamorarse de ella!

DON HORACIO.—¡Señor Brenstein!

BRENSTEIN.—¡Ah, perdón! Me olvidaba de que pertenecía usted a las clases dirigidas. Porque en las otras clases, créame, es muy frecuente que los amigos se enamoren de la mujer de uno.

DON HORACIO.—¡Qué escándalo!

BRENSTEIN.—Sin escándalo. Como la cosa más natural. Conque, ¿estamos de acuerdo?

DON HORACIO.—¿En qué, señor Brenstein?

BRENSTEIN.—En lo que estamos hablando.

DON HORACIO.—¡Se han tratado temas tan diversos...! Las fiestas, los gastos, el honor conyugal...

BRENSTEIN.—Me refiero a su trabajo. Vendrá usted por aquí a las horas que le deje el Banco libres, pondrá un poco de orden en nuestros papeles y recibirá usted su asignación mensual. ¿Conformes?

DON HORACIO.—No tengo palabras con qué agradecersele.

(En la puerta de la izquierda aparece MYRIAM.)

BRENSTEIN.—(A Myriam.) Aquí tienes a tu recomendado. Desde mañana se ocupará de nuestra contabilidad. No vayan ustedes a reñir mucho.

MYRIAM.—(Saludando a Don Horacio.) Al contrario. Seremos muy buenos amigos.

BRENSTEIN.—(A Don Horacio.) ¿Qué lo dije?

MYRIAM.—¿Qué le digiste?

BRENSTEIN.—Que tú serías muy buena amiga suya, pero que tuviese mucho cuidado de no enamorarse de ti.

MYRIAM.—(A Don Horacio.) No le haga usted caso. Enamórese si quiere.

DON HORACIO.—Señora...

BRENSTEIN.—No le des bromas. Don Horacio es un poco tímido.

DON HORACIO.—Respetuoso.

MYRIAM.—Una virtud más para ser amigo mío. Por que se trata, en cierto modo, de un puesto de confianza. No sé si mi marido le habrá dicho todo. Quizá tenga usted que hacer también algún viaje al extranjero.

DON HORACIO.—(Ilusionado.) ¿Es posible?

MYRIAM.—Sí.

DON HORACIO.—Me han dicho que es muy hermoso.

MYRIAM.—No está mal. Me parece recordar que me dijo usted que no tenía familia.

DON HORACIO.—No, señora. Hasta hace unos años pertenecía a una familia numerosa. Estaba muy completa: tíos, sobrinos, primos hermanos... Pero ya sabe usted lo que ocurre: un día empezaron

todos a morirse y me quedé yo sólo. Ahora vivo en una pensión.

MYRIAM.—Muy interesante.

DON HORACIO.—No lo crea usted. *(Entregándole una tarjeta de visita.)* Aquí tiene mi dirección la señora.

MYRIAM.—*(Guardando la tarjeta.)* Digo que es muy interesante lo que nos cuenta.

DON HORACIO.—*(Como excusándose.)* Conversación de hombre corriente, vulgar; cosas que se dicen cuando no se sabe qué decir. Con el permiso de ustedes me retiro. Buenas tardes.

(DON HORACIO sale por la izquierda.)

BRENSTEIN.—¡Famoso tipo!

MYRIAM.—¿Qué te ha parecido?

BRENSTEIN.—Pues eso: famoso.

MYRIAM.—Nos será muy útil.

BRENSTEIN.—Desde luego. Un administrador así da cierta respetabilidad a una casa. ¿Qué? ¿Cómo sigue tu pintor?

MYRIAM.—No lo sé. No lo veo hace días.

BRENSTEIN.—Me sorprende. Porque toda esa gente que ibas a recibir, toda esa actividad social que te proponías desplegar desde que llegamos, se ha quedado reducida a llenar la casa de cuadros.

MYRIAM.—Cada cual tiene su técnica.

BRENSTEIN.—¡Ah! ¿Es una técnica?

MYRIAM.—Sí.

BRENSTEIN.—Para convencerle.

MYRIAM.—Sí. Te lo he dicho cien veces.

BRENSTEIN.—Entonces, ¿tú sigues creyendo que el pintor estaría dispuesto a hacer el viaje?

MYRIAM.—Naturalmente.

BRENSTEIN.—Con los documentos, claro.

MYRIAM.—Con lo que yo quiera.

BRENSTEIN.—¿Has vuelto a hablarle?

MYRIAM.—Sí.

BRENSTEIN.—¿Y acepta?

MYRIAM.—Sólo pone una condición: que pase yo antes la frontera.

BRENSTEIN.—Para reunirse luego contigo.

MYRIAM.—Supongo.

BRENSTEIN.—¡Ah! ¡Tampoco es mala técnica la suya!

MYRIAM.—Por eso he cambiado de idea. Comprenderás que no voy a separarme de tí. Empiezo a sentirme un poco cansada de inspirar tanta pasión.

BRENSTEIN.—¡Lástima que lo haya tomado tan en serio! Los enamorados, en estos casos, han dado siempre muy buen resultado.

MYRIAM.—No estoy yo tan convencida.

BRENSTEIN.—Los ha habido capaces de dejarse matar, incluso, con tal de no comprometer a la mujer que quieren.

MYRIAM.—Puede ser. Pero a veces, dejándose matar, han comprometido mucho más. No sé. Encuentro a mi pintor, como tú lo llamas, demasiado ruidoso, demasiado... artista para una misión de confianza.

BRENSTEIN.—Has tardado bastante en descubrirlo. Y me parece tarde para rectificar. Por el momento, nosotros no podemos sacar los documentos. Nos detendrían, seguramente, en la frontera. Mientras

dure la guerra, todo extranjero es, en principio, sospechoso.

MYRIAM.—De acuerdo. Pero para un asunto como el nuestro empiezo a pensar que sería mucho mejor utilizar a uno de esos seres grises, vulgares, si quieres, que no despierten la curiosidad de los demás.

BRENSTEIN.—¡Ah, ahora comprendo! Don Horacio.

MYRIAM.—El mismo. El bueno de Don Horacio hará el servicio sin enterarse siquiera de lo que hace.

BRENSTEIN.—No sé qué decirte. Nos comprometerá al primer tropiezo.

MYRIAM.—No habrá ningún tropiezo.

BRENSTEIN.—Puede haberlo.

MYRIAM.—(*Impaciente.*) Habíamos quedado en que yo tenía que buscar a la persona que necesitábamos, y creo que la he encontrado. Ya te convencerás. Lo que siento es el tiempo que he perdido.

BRENSTEIN.—Menos mal que te quedan los retratos. Dime: ¿cuando volverás a ver a tu pintor?

MYRIAM.—Le estoy esperando. Será nuestra última entrevista.

BRENSTEIN.—Pues escúchame. Ahora me toca hablar a mí. No será vuestra última entrevista. Tendréis que hablar un poco más.

MYRIAM.—¿Para qué?

BRENSTEIN.—Para concretar el asunto.

MYRIAM.—No te entiendo.

BRENSTEIN.—Te lo diré más claro: Gerardo tendrá que hacer el viaje.

MYRIAM.—Ya sabes sus condiciones.

BRENSTEIN.—El no tiene que poner condiciones, sino

ya. No lo olvides. Gerardo ha podido creer que me engañabas tranquilamente durante todo este tiempo, pero tú sabes que no es verdad. Tú y yo estábamos de acuerdo. He podido creer también que jugaba conmigo, pero ya es hora de que lo saques de su error. Ahora soy yo el que quiere jugar hasta el final.

MYRIAM.—¡Ah!

BRENSTEIN.—¡He soportado su presencia durante meses, he admirado sus cuadros a todas horas, lo he escuchado hablar, pacientemente, como si dispusiera a su antojo de nosotros! No trates ahora de fingir. Si hay un riesgo, peor para él. Ya ves que te he descubierto el juego.

MYRIAM.—Estás celoso.

BRENSTEIN.—Sería ridículo.

MYRIAM.—Sería inútil.

BRENSTEIN.—Eso quería decir. Pero Gerardo tendrá que hacer el viaje.

MYRIAM.—¿Y si se niega?

BRENSTEIN.—¿No habías hablado con él?

MYRIAM.—Sí.

BRENSTEIN.—¿No había aceptado?

MYRIAM.—Sí.

BRENSTEIN.—Entonces...

MYRIAM.—¿Y si se niega, a pesar de todo?

BRENSTEIN.—En ese caso, si todo no ha sido más que una burla, en ese caso... hablaríamos tú y yo.

(BRENSTEIN sale por la izquierda, MYRIAM toca un timbre. Por la izquierda entra el criado.)

GERARDO.—Desde que llegó el señor del Valle, sirven el té.

GERARDO.—(Entrando, por la puerta del jardín.) No hace falta. He merendado ya.

MYRIAM.—(Al criado.) Sirvalo de todos modos. (El criado sale.) ¿Cómo se te ha ocurrido entrar por allí?

GERARDO.—El camino más directo. No hay más que cruzar el jardín.

(Le da un beso.)

MYRIAM.—Mi marido está en casa.

GERARDO.—Lo supongo. ¿Cómo está?

MYRIAM.—Muy bien. Espero que no te importe.

GERARDO.—¿Que esté bien?

MYRIAM.—No, que esté en casa.

GERARDO.—Me es igual.

MYRIAM.—Porque tú piensas, como es natural, que un marido así, que tolera la amistad de su mujer con un hombre joven durante meses, no merece la pena de preocuparse por él.

GERARDO.—Lo único que pienso es que hace seis días que no te veo.

MYRIAM.—Cuatro.

GERARDO.—Me habían parecido seis.

MYRIAM.—Yo creí que ibas a decir un siglo.

GERARDO.—Lo tuve en la punta de la lengua.

MYRIAM.—Pues me extraña que no lo dijeras. Cuando tú tienes algo en la punta de la lengua, lo dices en seguida. Eres el ser más alocado que conozco.

GERARDO.—¿Por culpa de quién?

MYRIAM.—De eso precisamente quería hablarte.

Nuestras relaciones, en adelante, tienen que cambiar, mucho.

GERARDO.—A ver.

MYRIAM.—No hay nada que ver. Se trata, por el contrario, de no vernos.

GERARDO.—¿De no vernos?

MYRIAM.—Por lo menos con tanta frecuencia.

GERARDO.—¿Qué dices? ¿Y el retrato?

MYRIAM.—Hablo en serio.

GERARDO.—Ya también. ¿Qué voy a hacer con el retrato?

MYRIAM.—¿Con cuál de los cien retratos?

GERARDO.—Con el último. Yo hablé siempre del último, del que estoy pintando. No es que no me importen los demás, pero los demás ya están pintados. (*Entra el criado con la bandeja del té, que coloca en una mesa. Vuelve a salir. Gerardo sigue hablando, sin interrumpirse por la entrada del criado.*) Todos los pintores creen que lo último que hacen es lo definitivo. Yo no; yo soy mucho más modesto: creo que lo definitivo es lo que voy a hacer después. Por eso pinto tan deprisa.

MYRIAM.—Y por eso no terminas nada.

GERARDO.—Eso es lo malo.

MYRIAM.—(*Sirviendo el té.*) ¿Un poco de té?

GERARDO.—Bueno, gracias.

MYRIAM.—¿Con leche?

GERARDO.—Sí. Y uno de esos bollos tan ricos.

MYRIAM.—¿No decías que ya habías merendado?

GERARDO.—Es verdad, pero no importa. Merendaré otra vez.

MYRIAM.—Muy bien.

GERARDO.—Y si me invitas a cenar, también acepto.

MYRIAM.—No pienso invitarte.

GERARDO.—¿Por qué no? Sería una idea genial.

MYRIAM.—Mis ideas son mucho más sencillas: un poco de té, y gracias.

GERARDO.—Te advierto que no me importaría cenar con tu marido.

MYRIAM.—Lo supongo. Es a él al que le importaría. Hemos tenido una larga conversación. Está enterado de nuestras relaciones.

GERARDO.—Lo suponía.

MYRIAM.—¿Y no se te ha ocurrido nunca pensar en los motivos que haya podido tener para tolerarlas?

GERARDO.—Mira, esa es una pregunta delicada.

MYRIAM.—Pues te lo voy a explicar entonces. Mi marido ha fingido no enterarse de lo que ha pasado entre nosotros, durante todos estos meses, porque esperaba conseguir, en cambio, algo muy importante de ti.

GERARDO.—¡Hombre! Esto sí que es una sorpresa.

MYRIAM.—¿Sabes tú, realmente, quiénes somos nosotros?

GERARDO.—Me lo pregunto desde el primer día. Sois una pareja misteriosísima, la verdad.

MYRIAM.—Los dos pertenecemos a una organización secreta.

GERARDO.—(Como descubriéndola de pronto.) ¡Comunistas!

MYRIAM.—¿Por qué comunistas?

GERARDO.—Porque sois elegantísimos.

MYRIAM.—Bueno. He asegurado a mi marido que yo

te había hablado de esto hace tiempo, que tú me
has dispuesto a ayudarnos.

GERARDO.—Bien dicho.

MYRIAM.—Pensaba que, de esa manera, nos sería
fácil vernos con frecuencia. Pero estoy arrepentida.

GERARDO.—¿De qué?

MYRIAM.—De haberte comprometido. Hemos venido
a España para completar una información.

GERARDO.—¿Y habéis terminado?

MYRIAM.—Sí.

GERARDO.—Sea enhorabuena.

MYRIAM.—Pero ahora hace falta sacar unos docu-
mentos.

GERARDO.—Y tu marido ha pensado en mí.

MYRIAM.—Eso es.

GERARDO.—Muy bien pensado. Yo cojo esos papeles,
los llevo a donde sea, vuelvo a reunirme contigo
y sigo pintando.

MYRIAM.—No, la cosa no es tan fácil. Tiene sus ries-
gos.

GERARDO.—Mejor. Así te convencerás de que soy ca-
paz de todo.

MYRIAM.—Lo único que hace falta es ver la manera
de salir de esta situación. Tú debes negarte a hacer
el viaje.

GERARDO.—Después de tú haber dicho que estaba
dispuesto a ayudaros...

MYRIAM.—Yo había pensado pasar antes la frontera,
para reunirme luego contigo.

GERARDO.—Eso es lo mejor.

MYRIAM.—Pero mi marido no lo permitiría jamás.

GERARDO.—Pues te vas sin que él se entere. Una vez lejos, no volveremos a verle.

MYRIAM.—¿Y de qué viviremos?

GERARDO.—De mi pintura.

MYRIAM.—Eres tan atolondrado que me desespera pensar que, por mi culpa, estás envuelto en este asunto.

GERARDO.—Lo de atolondrado lo dices por humillarme. Porque lo que pasa es que, como me quieres, como me quieres de verdad, te da miedo que pueda correr algún peligro.

MYRIAM.—Será eso también, pero no estoy segura. Tú has nacido para otras cosas: para pintar, para hablar...

GERARDO.—Para dejarte sin merienda...

MYRIAM.—Para lo que sea. Menos para complicarte la vida.

GERARDO.—¿Me crees egoísta?

MYRIAM.—Creo que estás enamorado.

GERARDO.—Haces bien en creerlo. Te dije, desde el primer día, que ya no me separaría jamás de ti.

MYRIAM.—(Recordando.) Dices cosas muy importantes: «jamás».

GERARDO.—Ha llegado el momento de demostrártelo. ¿Qué debo hacer?

MYRIAM.—Aun no lo sé. Por lo pronto, que no te encuentre aquí hasta que nos hayamos puesto de acuerdo. Vete.

GERARDO.—Te espero mañana, en el estudio.

MYRIAM.—Sí. Iré.

GERARDO.—A las ocho.

MYRIAM.—A las ocho.

modo, cambiar de vida. Ya no me bastaban, como temas, ni mi calle, ni mi barrio, ni aquellos descampados por urbanizar de los alrededores, donde la ciudad se terminaba para que empezara la luz de la tarde. Necesitaba volverme de espaldas a la luz, cruzar el paisaje en dirección contraria, en busca de otra vida.

ANA MARÍA.—Te habías ya enamorado.

GERARDO.—No lo sé. Llegué a no distinguir ni lo bueno ni lo malo de cuanto me rodeaba.

ANA MARÍA.—Así has vivido estos últimos años: a ciegas.

GERARDO.—Y los primeros también. Completamente ciego. Ni siquiera te vi aquel día cuando me hablaste de la lluvia.

ANA MARÍA.—¡Había tan poca luz en la escalera!

GERARDO.—Ahora te veo claramente, y me doy cuenta de lo que he cambiado. Aquel chico que alborotaba la casa con sus juegos, se ha convertido hoy en un...

ANA MARÍA.—(Rápidamente.) ¡Cállate! ¡No lo digas!

GERARDO.—¡Qué más da! ¡Un día ha de saberse todo! (Después de un silencio.) Se hace ya muy tarde. Volvamos a casa. Te contaré, por el camino, lo que pasó aquella noche en el estudio. Yo esperaba a Myriam, impaciente...

(ANA MARÍA y GERARDO salen de escena. La luz se apaga y vuelve a sonar la música apasionada del acto I, hasta la entrada de MYRIAM en el cuadro que sigue.)

CUADRO CUARTO

(*El estudio de GERARDO. Puerta al foro y a la derecha. Una ventana. Dos caballetes con sus cuadros respectivos; el más pequeño, junto a la ventana. De noche. GERARDO, en escena, inquieto. Continúa oyéndose la música de fondo. Al cabo de unos segundos, se abre la puerta del foro y entra MYRIAM, que vuelve a cerrar con rapidez. GERARDO y MYRIAM se abrazan estrechamente. Cesa la música. MYRIAM trae un abrigo de piel, igual al del acto I, que deja sobre la silla.*)

GERARDO.—¡Al fin!

MYRIAM.—Sí, al fin estoy contigo. Creo que me han seguido.

GERARDO.—¿Estás segura?

MYRIAM.—No sé. Me pareció, desde la escalera, que una persona entraba en el portal. Tengo la sensación de que alguien subía detrás de mí.

GERARDO.—(*Haciendo un movimiento hacia la puerta.*) A ver...

MYRIAM.—No vayas.

GERARDO.—¿Por qué no?

(*GERARDO sale por el foro. La puerta queda abierta sobre un fondo completamente en sombra.*)

MYRIAM.—(*Al cabo de un instante, sin levantar mu-*

cho la voz.) ¡Gerardo! (*Nadie responde.*) ¡Gerardo, vuelve aquí!

(GERARDO entra por el foro y cierra de nuevo la puerta.)

GERARDO.—No hay nadie.

MYRIAM.—No has debido salir, tan confiado.

GERARDO.—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes miedo?

MYRIAM.—Temo que pueda sucedernos algo. Estoy decidida, como te dije: nos vamos mañana. Pero tenemos que ser muy prudentes en estas últimas horas. Pensé incluso no venir, pero era imprescindible que nos viésemos. Apenas pude hablarte por teléfono. (*Entregándole un paquete.*) Aquí están estas joyas. Con lo que te den por ellas tendremos para nuestros primeros gastos.

GERARDO.—¿Pero crees que hay que venderlas?

MYRIAM.—¡Qué remedio!

GERARDO.—Porque yo podría reunir un poco de dinero...

MYRIAM.—Todo nos hará falta.

GERARDO.—(*Guardándose el paquete en el bolsillo.*) Bien. ¿Qué más?

MYRIAM.—Esta es la carta. (*Le entrega una carta que Gerardo lee.*) Me la han escrito en el propio banco, esta mañana. Tengo allí un amigo. Sólo falta firmarla.

GERARDO.—Eso es bien fácil.

MYRIAM.—¿Te parece?

GERARDO.—¡Figúrate! ¡Para un dibujante como yo, es más fácil copiar una firma que un paisaje!

MYRIAM.—(*Entregándole otra carta.*) Aquí tienes la firma verdadera.

GERARDO.—(*Después de mirarla.*) No es nada complicada. Cuestión de trazos.

MYRIAM.—Si el banco nos sitúa esos fondos en Francia, estaremos tranquilos por una temporada.

GERARDO.—Tu marido nos denunciará.

MYRIAM.—No lo creo. No es hombre a quien le con vengan las denuncias en estas cuestiones de dinero. No todas sus operaciones están claras. Y, en último caso, nos defenderemos, ¿no es así?

GERARDO.—Atacaremos. Es mucho mejor. (*Coloca las dos cartas en una mesa.*) Pero todavía no me has contado lo que te ha sucedido con tu marido. No es que tenga curiosidad de saberlo, porque lo que me interesa, al fin y al cabo, es que estés aquí, conmigo; que lo hayas dejado al fin.

MYRIAM.—No le he dejado aún. No sabe nada. Al contrario, procuro disimular lo mejor que puedo para que no sospeche lo que vamos a hacer. Mañana, a estas horas, estaremos lejos. Siento haberme puesto nerviosa al entrar. Si llega a aparecer en ese momento, estamos perdidos. Pero ya estoy tranquila.

GERARDO.—Así me gusta.

MYRIAM.—No es la primera vez que vengo a tu estudio. Podía habérselo dicho.

GERARDO.—Podía incluso haberte acompañado, y

hasta firmar la carta al banco. Nos hubiera ahor-
rado un delito.

MYRIAM.—¿Lo sientes?

GERARDO.—¿El qué?

MYRIAM.—Hacer eso, firmar.

GERARDO.—¿Falsificar la firma? No diré que me en-
tusiasme, pero tampoco me preocupa. En el fondo
me tiene sin cuidado. Te lo he dicho no sé cuán-
tas veces: lo único que me importa eres tú. Per-
to soy capaz de lo que sea; de todo. Te lo digo, así
sin darle importancia, porque para mí es el senti-
miento más natural del mundo. No tienes que agra-
decérmelo. Por tí sería capaz, incluso, de matar.

MYRIAM.—¿A quién?

GERARDO.—A quien fuera.

MYRIAM.—¿Y si yo te abandonara un día?

GERARDO.—Entonces te mataría a ti.

MYRIAM.—Veo que lo tienes todo previsto.

GERARDO.—No, no es previsión. Es un impulso se-
creto. No sabría explicarte los motivos, pero sé que
no podría vivir sin tí. ¿Qué es ésto? ¿El amor?
¿Exceso de juventud? No lo sé. Lo cierto es que
estamos unidos para siempre. Anda, vístete.

MYRIAM.—Pero...

GERARDO.—Quiero pintar hoy; me siento inspirado.
Cada cual expresa su felicidad como puede. Yo
necesito pintar.

MYRIAM.—Me asustas, Gerardo. Eres, realmente, un
chiquillo. ¿Qué pasaría si a última hora fracasara
nuestros planes?

GERARDO.—Contéstame primero a esto: ¿por qué te

has decidido; de pronto, a abandonar a tu marido?

MYRIAM.—(Tras una ligera pausa.) Porque le odio. No te lo había dicho nunca. Le odio con toda mi alma.

GERARDO.—¿Por qué?

MYRIAM.—¿Sabes tú lo que es el miedo?

GERARDO.—¿El miedo?

MYRIAM.—Sí el miedo; el terror.

GERARDO.—Sí, lo supongo.

MYRIAM.—Es el único sentimiento que a él me une desde hace tiempo. Sé que un día puede hacerme mucho daño. Es un hombre cruel. No le importa, puedo asegurártelo, que yo le haya engañado contigo, porque él pensaba que tú podías serle útil. Llegamos a estar de acuerdo. Pero no me perdona que yo te quiera.

GERARDO.—Ah, ¿entonces tú me quieres?

MYRIAM.—Eso es lo que él cree.

GERARDO.—Y yo también. Mira, tranquilízate. Puestas así las cosas, no habrá fuerza humana que pueda hacer fracasar nuestro proyecto. Vístete ahora, en seguida, antes de que se me pasen las ganas de pintar. Mientras te cambias, firmaré la carta.

MYRIAM.—Mucho cuidado.

GERARDO.—No me temblará el pulso.

(MYRIAM sale por la derecha. GERARDO se sienta ante la mesa en que dejó las cartas. Las coge, las observa, estudia la firma; prueba la pluma en otro papel. De pronto se queda mirando el cuadro del caballo pequeño, junto a la ventana.)

MYRIAM.—¿Por qué estás callado?

GERARDO.—(*Sin apartar la vista del cuadro.*) Con
templo mi obra maestra.

MYRIAM.—¿Cuál de ellas?

GERARDO.—La primera. Después he hecho otras cuan-
tas, pero la primera es la que emociona más. No
recuerda ese día que descubrimos, de pronto, que
uno tenía talento.

MYRIAM.—Ese uno serías tú, supongo.

GERARDO.—En este caso, sí.

MYRIAM.—Me lo figuraba.

GERARDO.—(*Mirando siempre al cuadro.*) El tema no
puede ser más simple: el comedor de mi casa,
entre las ocho y las nueve de la mañana. Todavía
no está servido el desayuno, pero pronto entrará
el ama María con los tazones de leche. Porque has
de saber que el comedor actual de nuestra casa no
es así. Este es el comedor que yo recuerdo de pe-
queño. Ya sabes, todo cambia; hasta los comedo-
res. Aquel aparador del fondo fué uno de los mue-
bles que nos dejó la abuela. La abuela estaba muy
orgullosa de él y nos decía con frecuencia: «en
este aparador me cabe toda la vajilla antigua»,
que era su tesoro. Pero la vajilla antigua se repar-
tió entre los tíos, y en casa no quedó, al cabo del
tiempo, sino aquel plato solitario clavado en la
pared. El aparador desapareció también. Eran otros
los gustos de mis padres. Ya te he dicho que todo
cambia. Total, que este cuadro no reproduce ya
ninguna realidad, sino un recuerdo. Hasta el ama
María murió hace muchos años. No sé hasta qué

punto mi memoria ha conservado, fielmente, todo lo que he pintado ahí. No sé siquiera si está bien pintado. Fué una de mis primeras obras. Pero de lo que sí estoy seguro es de no haberme equivocado al captar la luz que entra por el balcón. Es la misma de entonces. No la he vuelto a ver más.

(MYRIAM aparece en la puerta de la derecha, vestida con el traje blanco Imperio, igual al del acto I.)

MYRIAM.—Ya estoy.

GERARDO.—Déjame mirarte.

MYRIAM.—¿Has firmado eso?

GERARDO.—¡Ah, lo había olvidado! Me extasié ante mi propia obra. Pero ya está.

(Coge la pluma y la firma rápidamente.)

MYRIAM.—¡Espacio!

GERARDO.—(Mostrándole la firma.) ¿Qué te parece?

MYRIAM.—Exacta.

GERARDO.—Ya te dije que para mí no tenía dificultades. (Myriam guarda la carta en su bolso.) No te lleses la carta. Ahora hay que enviarla al banco.

MYRIAM.—La llevaré yo, personalmente.

GERARDO.—Puede ser peligroso.

MYRIAM.—Por eso mismo. Déjame hacer. Lo tengo todo bien dispuesto.

GERARDO.—Tú sabrás.

MYRIAM.—¿Empezamos?

GERARDO.—Cuando quieras. Siéntate aquí. Vamos a trabajar en serio.

MYRIAM.—No lo creo,

GERARDO.—Bueno, siempre se dice «en serio» para darse un ánimo. No me desmoralices.

(MYRIAM se sienta, con pose de modelo. GERARDO se dispone a pintar en el caballete grande.)

MYRIAM.—¿Qué murmurabas mientras me cambiaba de traje?

GERARDO.—No murmuraba. Pensaba en voz alta. Es decir, estaba convencido de que hablaba contigo.

MYRIAM.—Dime, ¿por qué te fuiste de tu casa?

GERARDO.—¿Por qué nos vamos de viaje tú y yo, mañana? No busques nada nuevo en mi vida. Te encontrarás contigo misma por todos los rincones. No te muevas. Estoy ahora en esa sombra de los ojos, que no sé si es sombra o si es mirada.

MYRIAM.—(Tras una pausa.) Me gustaría saber cómo va a ser nuestra vida.

GERARDO.—¿Cuándo?

MYRIAM.—Cuando estemos lejos.

GERARDO.—¡Maravillosa! Te lo aseguro. Tú y yo juntos haremos grandes cosas. Yo seré un pintor estupendo. Visitaremos todas las grandes capitales. Seremos, en una palabra, los seres más felices de la tierra.

MYRIAM.—Sigue hablándome.

GERARDO.—(Pintando.) No puedo, Continúo sin comprender tu mirada. ¡Me hace falta esa luz, esa luz del comedor..! Con ésta todo es falso. (Al notar que Myriam deja de sonreír.) ¿Por qué te has puesto seria? ¡Espera! ¡Un momento! (Da un último toque al retrato.) ¡Ya está! Lo he comprendido al fin. Tienes una mirada triste. No lo había descubierto hasta ahora.

MYRIAM.—¿Te disgusta?

GERARDO.—Tendré que cambiarla.

MYRIAM.—Nada más fácil para un pintor como tú.

GERARDO.—Me refiero a la mirada del modelo. Mírame otra vez.

MYRIAM.—Bueno.

GERARDO.—Dime ahora por qué te has puesto triste.

MYRIAM.—Porque empiezo a arrepentirme de mi decisión. Puede que, con el tiempo, te arrepientas tú también.

GERARDO.—Es que no me has oído. Voy a repetírtelo. Cuando yo te digo que vamos a ser felices, puedes estar segura de que lo seremos. Yo no me equivoco nunca.

(La puerta del foro se abre y entra BRÉNSTEIN.)

BRÉNSTEIN.—Buenas noches.

MYRIAM.—¡Ah!

GERARDO.—(Serenamente.) Buenas noches.

BRÉNSTEIN.—(A Myriam.) Suponía que estarías aquí y se me ocurrió venir a buscarte.

GERARDO.—Pase usted.

BRÉNSTEIN.—Sólo un momento. Tenemos gente a cenar en casa esta noche.

MYRIAM.—No sabía...

BRÉNSTEIN.—Por eso venía a decírtelo. Siento haber interrumpido la sesión.

GERARDO.—No importa. Acabo de terminar el retrato. Véalo usted. ¿Qué le parece?

BRÉNSTEIN.—(Contemplando el retrato.) El mejor.

GERARDO.—El último.

BRÉNSTEIN.—Es cierto: el último.

GERARDO.—Por ahora.

MYRIAM.—Voy a cambiarme de traje.

BRÉNSTEIN.—No hace falta.

MYRIAM.—¿Eh?

BRÉNSTEIN.—Quiero que te conozcan así. Estás muy guapa.

MYRIAM.—No entiendo.

BRÉNSTEIN.—(*Sacando rápidamente una pistola.*) Sal. Coge el abrigo y espérame abajo.

(MYRIAM, *maquinalmente*, coge el bolso y el abrigo.)

GERARDO.—(*Dando un paso hacia Brénstein.*) Pero...

BRÉNSTEIN.—(*Apuntándole.*) Usted, en cambio, no debe moverse. (*A Myriam.*) Obedéceme. Será lo mejor. (*Myriam sale por la puerta del foro.*) (*A Gerardo.*) Nos conocimos en una situación parecida. Entonces se trataba de un tiro al blanco, y no tiré. Hoy estoy más decidido a tirar... si usted se mueve. Por Myriam no se preocupe. No le pasará nada. Pero usted no la volverá a ver más. De eso me encargo yo. Buenas noches.

(BRÉNSTEIN *sale por el foro*. GERARDO, *vacila*. *Saca del bolsillo el paquete de las joyas, lo mira, y vuelve a guardárselo como si tomara una decisión*. *Apaga la luz y sale también por el foro*. *La escena queda a oscuras, clareada solamente por la luz de la luna que entra por la ventana, iluminando el pequeño caballete*. *Se oye dentro la voz de GERARDO, como si terminara de contarle a ANA MARÍA lo sucedido.*)

LA VOZ DE GERARDO.—Y así, sin darme cuenta una vez más de lo que hacía, sin comprender el peligro que me amenazaba, me vi de pronto envuelto en un crimen que cambió mi vida.

TELÓN

EPILOGO

(El mismo decorado del acto I: la pensión. De noche. ANA MARÍA y GERARDO entran por el foro, vestidos tal y como les vimos en el cuadro I del acto anterior, de vuelta del paseo.)

GERARDO.—(Al entrar, como si continuara una conversación.) Aquella misma noche desapareció Myriam. No volvió a reunirse con su marido. Al salir de mi estudio, en lugar de esperarlo en la calle, vino directamente a esta pensión. Aquí vivió dos o tres días. Después, desapareció de nuevo.

ANA MARÍA.—¿No volviste a verla?

GERARDO.—(Vacilando.) No.

ANA MARÍA.—Entonces, ¿cómo supiste que había vivido aquí?

GERARDO.—No me preguntes más, te lo ruego. Ya te he contado todo lo que pasó.

ANA MARÍA.—No lo creo, Gerardo. Tú volviste a verla.

GERARDO.—(Tras una pausa.) Sí, una sola vez: a los pocos días de salir de aquí. Me dió una cita, no importa donde, y hablamos un momento nada más. Quedamos en que nos reuniríamos de nuevo. Pero no he vuelto a saber de ella desde ese día. Me

siento ahora fatigado. Hemos hablado toda la tarde de muchas cosas que quisiera olvidar.

(GERARDO entra en su cuarto. Por la derecha aparece ATIENZA.)

ATIENZA.—Se ha quedado usted, por lo tanto, sin saber el final de la historia.

ANA MARÍA.—No me interesa.

ATIENZA.—¿No?

ANA MARÍA.—Le dije al comisario, cuando fué a verme a casa, que sólo me interesaba convencerme de la inocencia de Gerardo. Ya estoy convencida. Gerardo no pudo matar a esa mujer. ¡Es absurdo suponerlo!

ATIENZA.—¿Por qué?

ANA MARÍA.—¿Por qué iba a matarla, si los dos se querían?

ATIENZA.—Pero lo cierto es que ha desaparecido.

ANA MARÍA.—¡Ah! Eso puede aclararse en cualquier momento.

ATIENZA.—Terminará usted por ser nuestra más valiosa colaboradora.

ANA MARÍA.—No me extrañaría. He hecho cosas más inesperadas.

(Por el foro entra DON HORACIO de la calle.)

DON HORACIO.—Buenas noches.

ATIENZA.—Buenas noches.

DON HORACIO.—¿Qué? ¿Alguna novedad?

ATIENZA.—Las que usted traiga de la calle.

DON HORACIO.—En la calle no ocurre nunca nada nuevo: gente que va y viene, ruidos, algún que

otro atropello... Lo verdaderamente interesante siempre está siempre dentro de las casas. Lo he pensado muchas veces. ¡Esas casas grandes, con muchas ventanas, unas iluminadas y otras en sombra..! ¡Cuántas cosas que no sabemos!

DOÑA ELISA.—(Que ha aparecido por el foro y oye las últimas frases:) ¡Y que a usted le gustaría saber! Viene hoy muy locuaz de su trabajo.

DON HORACIO.—En el banco no nos dejan hablar.

ATIENZA.—¿Y qué se dice en el banco de madame Brénstein?

DON HORACIO.—Ya ha oído usted que no nos dejan hablar.

ATIENZA.—¿Ni de sus clientes?

DON HORACIO.—De esos, sí, pero con todo respeto.

DOÑA ELISA.—Le llaman al teléfono, señor Atienza.

ATIENZA.—Voy en seguida.

(Sale por el foro.)

DOÑA ELISA.—Tenga usted cuidado con lo que dice.

DON HORACIO.—No puedo hablar menos.

DOÑA ELISA.—Pruebe a ver.

DON HORACIO.—¡Vaya, vaya con doña Elisa, siempre regañando..! (Con intención.) No sabía yo que tenía una sobrina.

DOÑA ELISA.—Tengo varias.

DON HORACIO.—Dios se las conserve.

DOÑA ELISA.—Habla usted tanto, que no me extrañaría que le sometieran cualquier día a un interrogatorio.

DON HORACIO.—Sería muy de agradecer. Siempre es darle importancia a uno.

DOÑA ELISA.—¡No creo que tenga usted nada que declarar!

DON HORACIO.—Nunca se sabe. Hice bastante amistad con la señora Brénstein en los días que vivió con nosotros.

DOÑA ELISA.—¡Si llama usted hacer amistad a darle los buenos días..!

DON HORACIO.—He pasado hablando con ella ratos muy agradables. Fui yo quien le dió la dirección de esta casa.

ANA MARÍA.—¡A ver si resulta que está usted comprometido!

DOÑA ELISA.—O que es un gran «detective», a última hora. Me sorprendería muchísimo.

ANA MARÍA.—Hace poco leí yo una novela policiaca en la que el «detective» era, como de costumbre, el más insignificante de todos.

DON HORACIO.—Lo que quiere decir que yo soy el más insignificante.

ANA MARÍA.—Parecía el más insignificante por su manera de vestir, por su aspecto... Pero al final resultaba que era el más inteligente.

DON HORACIO.—Pues ¡quién sabe!

DOÑA ELISA.—No. Esas sorpresas no se dan sino en las novelas.

(*ATIENZA entra por el foro.*)

ATIENZA.—Acaban de anunciarme por teléfono que tendremos una visita importante.

DON HORACIO.—¿A estas horas?

DOÑA ELISA.—Las visitas importantes no tienen hora. Se las recibe cuando llegan.

DON HORACIO.—Usted lo sabrá mejor que ha frecuentado la sociedad en un tiempo. Dígame, señor Atienza: ¿la visita es también para mí?

ATIENZA.—Para todos.

DON HORACIO.—No conozco a ninguna persona importante.

ATIENZA.—¿Reconocería usted, en cambio, a Madame Brenstein, viva o muerta, si volviera a verla?

DON HORACIO.—Le diré: yo la conocí viva.

ATIENZA.—Comprendo. No es lo mismo.

ANA MARÍA.—¿Qué sucede?

ATIENZA.—Tenía usted razón. El misterio se ha aclarado en un momento.

DON HORACIO.—¿Eh?

ATIENZA.—La señora Brenstein no ha sido asesinada. Acaban de detenerla, cuando intentaba pasar la frontera.

ANA MARÍA.—¿Es posible?

ATIENZA.—Esa es la visita.

ANA MARÍA.—¡Cofro a decírselo a Gerardo!

(ANA MARÍA entra en la habitación de GERARDO.)

DON HORACIO.—¿De manera que Madame Brenstein no ha sido asesinada?

ATIENZA.—No, señor.

DON HORACIO.—¿Y ha sido usted capaz de armar todo este jaleo sin motivos?

ATIENZA.—Si le parece que debo presentarle mis excusas...

DOÑA ELISA.—(A Atienza.) No le haga usted caso.

ATIENZA.—El señor comisario vendrá en seguida. Avíseme en cuanto llegue. -

DOÑA ELISA.—Sí, señor.

(*ATIENZA sale por la derecha.*)

DON HORACIO.—Nos ha llenado a todos la cabeza de fantasías. Es imperdonable.

DOÑA ELISA.—Por los demás no se preocupe. Y en cuanto a usted, ya la tenía bastante llena.,

(*Entran por el foro, de la calle, PILAR y CONSUELO.*)

PILAR.—Hay abajo unos chicos periodistas, muy simpáticos, que nos lo han contado todo. Nos han hecho muchas preguntas.

DON HORACIO.—¡Periodistas! ¡Y para nada!

CONSUELO.—También hay muchos guardias.

DON HORACIO.—¡Hasta guardias!

CONSUELO.—Y es lo que yo le decía a ésta: si la cosa estuviera terminada, se habrían marchado ya.

DOÑA ELISA.—Aún falta saber, entre otras cosas, quién propagó lo del asesinato.

PILAR.—Pues Don Horacio.

DON HORACIO.—¿Yo?

CONSUELO.—Usted nos lo dijo a nosotras.

DON HORACIO.—Pero alguien tuvo que decírmelo a mí antes, como comprenderéis.

PILAR.—Será eso lo que quieren averiguar.

DOÑA ELISA.—Indudablemente, ha habido alguien interesado desde el principio en hacer creer lo del asesinato.

DON HORACIO.—Acaso la misma policía.

DOÑA ELISA.—¿Con qué objeto?

DON HORACIO.—Para desviar la atención de algo que

les importaba mucho ocultar: el paradero de esa señora, por ejemplo.

CONSUELO.—Sería usted un gran «detective», Don Horacio.

DON HORACIO.—Ya me lo han dicho antes.

DOÑA ELISA.—Bueno, bueno; me voy adentro. Están los ánimos tan excitados que nadie se acuerda de que hay que preparar la cena.

(Sale DOÑA ELISA por el foro. PILAR y CONSUELO se acercan a la habitación de GERARDO, tratando de escuchar junto a la puerta.)

PILAR.—*(Tras una pausa.)* No se oye nada.

DON HORACIO.—¿Qué querías oír?

PILAR.—¡Un instante! Ahora da unos pasos por la habitación. Se detiene. Ha abierto el armario.

CONSUELO.—No. Lo ha cerrado.

DON HORACIO.—Ya está informada Doña Elisa del ruido que hacen los armarios. Tienen todas las puertas vencidas.

PILAR.—¡Silencio, por favor! Parece que habla solo.

DON HORACIO.—¡Mal síntoma!

PILAR.—No; está hablando con alguien.

DON HORACIO.—Con la señorita Ana María.

CONSUELO.—*(Acercándose a Don Horacio.)* ¿Ah, sí? ¿Con la sobrina?

DON HORACIO.—Sí. Con esa señorita que se ha hecho pasar por la sobrina, para no despertar sospechas, y que debe ser también de la policía.

PILAR.—Lo que veo entonces, Don Horacio, es que aquí con todos de la policía, menos ésta y yo.

DON HORACIO.—Entrad en vuestros cuartos. Cuando menos os intereséis por lo que sucede, mejor.

PILAR.—¿Es que estorbamos?

DON HORACIO.—No hay nada peor en estos casos que la gente curiosa.

CONSUELO.—¡Pues usted bien curioso que es!

DON HORACIO.—Por eso lo digo.

(*PILAR y CONSUELO salen por la derecha. Por la izquierda entran ANA MARÍA y GERARDO.*)

ANA MARÍA.—¿Qué piensas hacer?

GERARDO.—No lo sé. Siento una sensación extraña, como si el mundo se hubiera quedado de pronto vacío.

ANA MARÍA.—¡Cómo la quieres!

DON HORACIO.—(*Acercándose a Gerardo.*) Perdón. Le estaba esperando. Quería decirle que me he alegrado mucho al saber que vive la señora Brenstein. Yo la he conocido. Me honró con su amistad.

GERARDO.—¿Ah, sí?

DON HORACIO.—Fui incluso su confidente en los días que vivió en esta pensión. Habló mucho conmigo. Me contó de no sé qué viaje que pensaba hacer con no se quien... Por cierto que me confesó que estaba arrepentida. Lo había pensado mucho en los días que estuvo aquí encerrada. Parece ser que había proyectado ese viaje en un momento de ofuscación, sin darse cuenta del daño que iba a hacer a una persona a la que tanto quería. En el momento de marcharse me entregó este papel. Vea usted qué curioso. Es la firma del señor Brenstein. La arrancó de una carta dirigida al banco que

pensaba entregarme, pero que no me entregó. Guárdela usted. Yo sólo quería saludarle y contarle estas cosas sin importancia. ¡Pequeños recuerdos que uno tiene! Nada más.

(DON HORACIO sale por el foro. GERARDO mira fijamente el papel. Luego lo rompe en trozos diminutos.)

ANA MARÍA.—¿Qué significa eso?

GERARDO.—Algún día lo sabrás.

ANA MARÍA.—(Pensativa.) Era un río pequeño, casi un arroyo: limpio, transparente. Para no dejarlo crecer.

GERARDO.—¿Qué dices?

ANA MARÍA.—Nada. ¡Cosas mías!

GERARDO.—Ana María...

ANA MARÍA.—¿Qué?

GERARDO.—Quisiera pedirte un favor.

ANA MARÍA.—Dime.

GERARDO.—¿Me lo harás?

ANA MARÍA.—Sí.

GERARDO.—Tú eres la única persona en quien puedo confiar. (Saca del bolsillo el paquete de las joyas.) Toma este paquete. Son unas joyas. Se las darás a Myriam, cuando puedas.

ANA MARÍA.—Así lo haré. (Como si pensara en voz alta.) El río pasaba por la ciudad cargado de miseria. A veces, contemplándolo, pensaba en el mar. Las aguas turbias, mar adentro, vuelven a purificarse. Llegan a reflejar la luz del cielo. Soñaba entonces que el mar era mi amor. (Tras una pausa.) Deberías aprender a soñar.

GERARDO.—Lo he olvidado hace tiempo.

ANA MARÍA.—Yo puedo enseñarte. No he hecho otra cosa en toda mi vida. He soñado esto, por ejemplo: que un día te volvería a encontrar. Y ya ves: estamos juntos.

GERARDO.—Pero tendremos que separarnos de nuevo. Quizá no volvamos a vernos más.

ANA MARÍA.—No importa. Seguiré esperando. Mira, desde pequeña tenía esta ilusión: hablar contigo. Me parecía que nunca había de llegar. Cada mañana, cada tarde me decía: hoy hablaré con él. Y pasaron los años, hasta anoche, que me decidí a venir aquí.

GERARDO.—No merece la pena esperar tanto. La vida puede terminarse.

ANA MARÍA.—La vida no se termina nunca mientras tengas algo bueno que esperar. Se vive cada día, intensamente.

GERARDO.—¿Y si es la muerte la que llega?

ANA MARÍA.—Te encontrará lleno de ilusiones.

GERARDO.—La muerte puede estar muy cerca.

ANA MARÍA.—No importa. Sigue esperando.

(Entran por el foro MIRANDA y DOÑA ELISA. Esta cruza la escena y sale por la primera de la derecha. A poco vuelve a aparecer con ATIENZA. DOÑA ELISA sale de nuevo por el foro. Toda esta escena, en silencio.)

MIRANDA.—(A Gerardo.) Ya sabe usted que la señora Brenstein ha sido detenida.

GERARDO.—Sí. Pero no sé aún por qué la han detenido ustedes.

MIRANDA.—La patrulla del río nos comunicó esta mañana que acababa de encontrar el cadáver.

GERARDO.—(*Impresionado.*) ¡Ah!

ANA MARÍA.—¿Cómo?

MIRANDA.—El cadáver del señor Brenstein ha aparecido en el río. Tiene el corazón atravesado por una bala.

ANA MARÍA.—¡Qué horror!

MIRANDA.—(*A Gerardo.*) ¿Puede usted aclararnos algo de lo sucedido?

GERARDO.—Sí. Yo maté al señor Brenstein.

ANA MARÍA.—¡Tú!

MIRANDA.—(*A Atienza.*) En ese caso dé usted contraorden para que no traigan ya a la detenida. No hace falta. (*Por Gerardo.*) Yo me ocuparé de él.

(*ATIENZA sale por el foro.*)

GERARDO.—Estoy a su disposición. Cuando usted guste.

MIRANDA.—Vamos ya.

ANA MARÍA.—Por favor, ¿quiere usted dejarnos solos un momento?

MIRANDA.—Desde luego. Es lo menos que puedo hacer por usted.

ANA MARÍA.—Gracias.

MIRANDA.—(*A Gerardo.*) Le aguardo en el vestíbulo.

(*Salen MIRANDA por el foro.*)

GERARDO.—Ana María: perdóname.

ANA MARÍA.—No hables; no hace falta que hables. No tengo que perdonarte nada. No me quieres. Eso es todo. Pero, en el fondo, sigo estando orgullosa de ti. Tu no eres un asesino. Has mentido. Todos

saben que Madame Brenstein salió de aquí y volvió a reunirse con su marido. ¿Qué pasó luego entre ellos? No es difícil de adivinar. A los pocos días, cuando la viste por última vez, Myriam te confesó su crimen, y desapareció de nuevo. Había matado a su marido. La buscaste desde entonces por todas partes: viniste aquí, esperando. Hoy te acusas de un crimen que no has cometido para intentar salvarla. Haces bien, porque lo haces por amor. Yo hubiera hecho lo mismo.

GERARDO.—(*Cogiéndole las manos con cariño.*) Ana María...

ANA MARÍA.—Te he vuelto a ver como eras de pequeño: con tu pantalón corto, con los libros bajo el brazo, huyendo alocado por las escaleras... Eras alegre, valiente, generoso. Por eso me enamoré de tí. Me parecía que volvías a ser aquel niño, y que yo te encontraba, una noche, perdido en una calle oscura. Te hubiera llevado conmigo desde el primer momento, desde que te ví, porque yo sabía que tu estabas buscando tu casa y que no la encontrabas. ¡Nuestra casa! ¿La recuerdas ahora?

GERARDO.—Sí.

ANA MARÍA.—Pues anda, vete. ¡Te esperaré siempre!

TELÓN

Colección Teatro

(Una comedia cada semana)

TITULOS PUBLICADOS

- 1.—ENTRE EL NO Y EL SI, de Pemán.
- 2.—CELOS DEL AIRE, de López Rubio.
- 3.—EN LA ARDIENTE OSCURIDAD, de Buero Vallejo.
- 4.—TOVARICH, de Deval.
- 5.—(Extra.) EL GRAN MINUE y LAS MUJERES DECENTES, de Ruiz Iriarte.
- 6.—LLAMA UN INSPECTOR, de Priestley.
- 7.—CENA DE NAVIDAD, de López Rubio.
- 8.—JUEGO DE NIÑOS, de Ruiz Iriarte.
- 9.—CINCO MINUTOS ANTES, de Benedetti.
- 10.—(Extra.) HISTORIA DE UNA ESCALERA y LAS PALABRAS EN LA ARENA, de Buero Vallejo.
- 11.—SIEMPRE, de Julia Maura.
- 12.—(Extra.) LA MUERTE DE UN VIAJANTE, de Arthur Miller.
- 13.—LA HEREDERA, de R. y A. Goetz.
- 14.—UNA MADEJA DE LANA AZUL CELESTE, de López Rubio.
- 15.—(Extra.) CUANDO LLEGUE LA NOCHE y CUANDO LLEGUE EL DIA, de Calvo Sotelo.
- 16.—LA TEJEDORA DE SUEÑOS, de Buero Vallejo.
- 17.—CUANDO ELLA ES LA OTRA, de Ruiz Iriarte.
- 18.—POR EL CAMINO DE LA VIDA, de Pemán.
- 19.—BUENAS NOCHES, de Suárez de Deza.
- 20.—(Extra.) EN EL CAMINO NEGRO Y EL COLLAR, de C. de la Torre.
- 21.—LA SEÑAL QUE SE ESPERA, de Buero Vallejo.
- 22.—LAS MALETAS DEL MAS ALLA, de Ros.
- 23.—LA PLAZA DE BERKELEY, de Jhon L. Balderston.
- 24.—CONDENADOS, de Suárez Carreño.
- 25.—(Extra.) FRANCISCA ALEGRE Y OLE y ¡QUE BOLLLO ES VIVIR!, de Tono.
- 26.—LA ESPOSA CONSTANTE, de Maugham.

- 27.—EL ESTUPENDO JUAN PEREZ, de Zúñiga.
- 28.—(Extra.) ELOISA ESTA DEBAJO DE UN ALMENDRO y A LAS SEIS, EN LA ESQUINA DEL BULEVAR, de J. Poncela.
- 29.—MARIA ANTONIETA, de Calvo Sotelo.
- 30.—(Extra.) ALBERTO y VEINTE Y CUARENTA, de López Rubio.
- 31.—CALLADOS COMO MUERTOS, de Pemán.
- 32.—LA CORTESANA, de C. de la Torre.
- 33.—EL ANTIGUARIO, de Suárez de Deza.
- 34.—LA NOVIA, de H. Ruiz de la Fuente.
- 35.—(Extra.) EL APRENDIZ DE AMANTE y UN DIA EN LA GLORIA, de Ruiz Iriarte.
- 36.—ME CASÉ CON UN ANGEL, de Vaszary.
- 37.—LA SOLTERA REBELDE, de Ruiz Iriarte.
- 38.—LA VISITA QUE NO TOCO EL TIMBRE, de Calvo Sotelo.
- 39.—LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO, de Wilde.
- 40.—MARISCAL y UN IDILIO EJEMPLAR, de Molnar.
- 41.—EL OJO DE MOSCU, de Birabeau.
- 42.—PAÑO DE LAGRIMAS, de Pemán.
- 43.—TANGER, de Calvo Sotelo.
- 44.—ESTRICTAMENTE FAMILIAR, de Schroeder.
- 45.—(Extra.) EL CALENDARIO QUE PERDIO SIETE DIAS y LA ROSA ENCENDIDA, de Suárez de Deza.
- 46.—DON JOSE, PEPE Y PEPITO, de Luca de Tena.
- 47.—EL CERÓ Y EL INFINITO, de Sidney Kingsley.
- 48.—EL REMEDIO EN LA MEMORIA, de López Rubio.
- 49.—LA VIUDA ES SUEÑO, de Tono.
- 50.—(Extra.) ANTIGONA y ELECTRA, de Pemán.
- 51.—TRES SOMBREROS DE COPA, de Mihura.
- 52.—MAREA BAJA, de Peter Blackmore.
- 53.—LAS MARIPOSAS CANTAN, de M. Ballesteros.
- 54.—NINCHKA, de M. C. Sauvajon.
- 55.—(Extra.) AURORA NEGRA y NO ME ESPERES MARIANA, de Ruiz de la Fuente.
- 56.—VOLPONE EL MAGNIFICO, de Ben Jonson.
- 57.—CASI UN CUENTO DE HADAS, de Buero Vallejo.
- 58.—EL DEMONIO TIENE ANGEL, de Zúñiga.

- EL REFE, de Calvo Sotelo.
- 80.—¿QUIEN SOY YO? y DOS MUJERES A LAS NUEVE, de Luca de Tena.
- 81.—EL CASO DE LA SEÑORA ESTUPENDA, de Mihura.
- 82.—LA ESTATUA FUE ANTES PICHURRI, de F. González Aller y A. Ocano.
- 83.—(Extra.) EL BAILE, de Neville.
- 84.—LA MARIPOSA Y EL INGENIERO, de Calvo Sotelo.
- 85.—(Extra.) SHANGHAI - SAN FRANCISCO y BARRIADA, de J. Alejandro.
- 86.—NO SE DICE ADIOS, SINO HASTA LUEGO, de A. Paso.
- 87.—EL CORAZON ALEGRE, de R. Ferdinand.
- 88.—UNA MUJER CUALQUIERA, de Mihura.
- 89.—LO QUE NO DIJO GUILLERMO, de C. Llopis.
- 90.—(Extra.) EL RESCATE, LA FUGA EN LA JAULA y EL HOMBRE QUE MATO A NADIE, de H. Ruiz de la Fuente.
- 91.—RECIEN LLEGADA, Winter.
- 92.—MURIO HACE QUINCE AÑOS, de Giménez Arnau.
- 93.—¡CLAVIJO, BUSCAME UN HIJO!, de Loygorri.
- 94.—CUÁNDO EL FUEGO SE APAGA, de Bernard.
- 95.—(Extra.) NOSOTROS, ELLAS... Y EL DUENDE y LA CIGÜEÑA DIJO: SÍ, de C. Llopis.
- 96.—CHOCOLATE A LA ESPAÑOLA, de Julia Maura.
- 97.—ESCUADRA HACIA LA MUERTE, de Alfonso Sastre.
- 98.—UNA BOMBA LLAMADA ABELARDO, de A. Paso.
- 99.—UN DRAMA EN EL QUINTO PINO, de Tono y Manzanos.
- 100.—(Extra.) EL LANDO DE SEIS CABALLOS y EL POBRECITO EMBUSTERO, de Ruiz Iriarte.
- 101.—QUIERO VER AL DOCTOR, de M. Ballesteros.
- 102.—SOMBRA QUERIDA, de J. Deval.
- 103.—CON LA VIDA DEL OTRO, de C. Llopis.
- 104.—EL AMOR SOLO DURA 2.000 METROS, de J. Poncela.
- 105.—(Extra.) LA MILLONA y CANDIDO DE DIA, CANDIDO DE NOCHE, de E. Suárez de Deza.
- 106.—EL CAFE DE LAS FLORES, de Ruiz Iriarte.
- 107.—CARTA A PARIS, de J. A. Giménez Arnau.

- 88.—TRES PIERNAS DE MUJER, de Gonzalo Azañón.
- 89.—UN SOMBRERO DE PAJA DE ITALIA, de E. Labbé y M. Michel.
- 90.—(Extra.) EL INFIERNO FRIO y LA VIDA AZUL, de Ruiz de la Fuente.
- 91.—EN LAS MANOS DEL HIJO, de Pemán.
- 92.—A MEDIA LUZ LOS TRES, de Mihura.
- 93.—POR ENCIMA DE LA VIDA, de W. S. Maugham.
- 94.—MILAGRO EN LA PLAZA DEL PROGRESO, de Calvo Sotelo.
- 95.—(Extra.) LA DAMA DEL ARMIÑO, de Fernández Ardavin.
- 96.—MADRUGADA, de Buero Vallejo.
- 97.—VEINTE ANITOS, de Neville.
- 98.—A LA LUZ DE LA VISPERA, de Pemán.
- 99.—FEDERICA DE BRABANTE, de Tono y J. Llopis.
- 100.—EXTRAORDINARIO CONMEMORATIVO, con obra de Buero Vallejo, Calvo Sotelo, López Rubio, Luca de Tena, Mihura, Pemán y Ruiz de Iriarte.
- 101.—LA VENDA EN LOS OJOS, de López Rubio.
- 102.—ROSA DE MADRID, de Fernández Ardavin.
- 103.—EVA SIN MANZANA, de J. de Armiñán.
- 104.—VENENO PARA MI MARIDO, de A. Paso.
- 105.—(Extra.) ESCUELA DE MILLONARIAS y ¡CATALINA, NO ME LLÖRES!, de E. Suárez de Deza.
- 106.—LA ÉTERNA DOÑA JUANA, de J. Maura.
- 107.—LA TERCERA JUVENTUD, de Téllez Moreno.
- 108.—FAMILIA HONORABLE NO ENCUENTRA PISO, de Luis Maté.
- 109.—LA DIVINA PELEA, de Pemán.
- 110.—(Extra.) AMORES Y AMORIOS y LA DIVINA INVENTORA, de S. y J. Alvarez Quintero.
- 111.—LA CENA DE LOS TRES REYES, de Ruiz Iriarte.
- 112.—EL CASO DEL SEÑOR VESTIDO DE VIOLETA, de Mihura.
- 113.—CALOR DE NIDO, de Birabeau.
- 114.—EL AGUA HIERVE y CUATRO EN EL JUEGO, de A. Marquerie.
- 115.—(Extra.) «MADAM VERDUX» y UNA VIDA ORIGINAL, de A. Ortega.

- 116.—EL CASO DE LA MUJER ASESINADITA, de Mihura y Laiglesia.
- 117.—¡QUE LISTO ES CALISTO!, de A. Ortega.
- 118.—USTÉD NO ES PELIGROSA, de Ruiz Iriarte.
- 119.—LA OTRA ORILLA, de López Rubio.
- 120.—EL ALMA PRESTADA y AMOR DE SOMBRAS, de Ruiz de la Fuente.
- 121.—IRENE O EL TESORO, de Buero Vallejo.
- 122.—LA HIJA DE JANO, de José Antonio Giménez-Arnau.
- 123.—ENRIQUETA SI, ENRIQUETA NO, de J. Llopis.
- 124.—LA RUEDA, de Juan Antonio de Laiglesia.
- 125.—JULIO CESAR, de W. Shakespeare, versión libre de José María Pemán.
- 126.—LA MORDAZA, de Alfonso Sastre.
- 127.—SINFONIA ACABADA, de Jaime Armiñán.
- 128.—SUBLIME DECISION, de Miguel Mihura.
- 129.—EL HOGAR INVADIDO, de Julio Trenas.
- 130.—SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR, de Pirandello.
- 131.—LA TORRE SOBRE EL GALLINERO, de Vittorio Calvino.

ESCELICER, S. A.

Precio: 20 pesetas